

ERIC HOBSBAWM E ISAIAH BERLIN. DE LA
HISTORIA DE LA SOCIEDAD A LA HISTORIA DE LAS
IDEAS. UN ANÁLISIS DE HISTORIA INTELECTUAL
MATIAS XERXES GONZALEZ FIELD

TESINA PARA OBTENER EL GRADO DE LICENCIADO
EN HISTORIA

ASESOR:

DR. CARLOS ILLADES AGUIAR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

IZTAPALAPA

A Carlos Illades

ÍNDICE:

I. INTRODUCCIÓN

II. ISAIAH BERLIN

1. SU VIDA

2. SU OBRA

a) KARL MARX E ISAIAH BERLIN

b) LAS IDEAS POLÍTICAS EN LA HISTORIA DE LAS IDEAS DE ISAIAH BERLIN

c) LA HISTORIA DE LAS IDEAS DE ISAIAH BERLIN

III. ERIC HOBSBAWM

1. SU VIDA

2. SU OBRA

a) EL *LARGO SIGLO XIX*

b) HISTORIA DE LA SOCIEDAD DEL LARGO SIGLO XIX

c) LA IDEOLOGÍA

d) LA REVOLUCIÓN EN EL CAPITALISMO DEL SIGLO XIX

e) EL CORTO SIGLO XX

IV. ISAIAH BERLIN Y ERIC HOBSBAWM. LA COMPARACIÓN DE DOS HISTORIADORES

1. DOS VIDAS EN EL SIGLO XX

2. LA IDEA DE LA HISTORIA

3. LA CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA Y KARL MARX

4. IGUALDAD, JUSTICIA Y FRATERNIDAD

5. LA (DES)CONSTRUCCIÓN DE UN RÉGIMEN

6. CONCLUSIONES

UN ANÁLISIS DE HISTORIA INTELECTUAL

I. INTRODUCCIÓN

La historia intelectual es un campo de la historia que surgió de una mezcla de enfoques por parte de los historiadores. No sólo se trata de analizar a la intelectualidad de la persona a revisar, se trata de entretrejerlo en su época, y aún más, de entretrejerlo con las relaciones que éste haya podido tener con otras intelectualidades.

La definición que da Robert Darnton de la historia intelectual es [la siguiente]: reúne “la historia de las ideas (el estudio de los pensamientos sistemáticos, generalmente en los tratados filosóficos), la historia intelectual propiamente dicha, (el estudio de los pensamiento informales, de las corrientes de opinión y de las tendencias literarias, la historia social de las ideas) y la historia cultural (el estudio de la cultura en el sentido antropológico, incluyendo visiones del mundo y las mentalidades colectivas)”.¹

Es importante hablar aquí del origen del término *intelectual*. Si bien puede ser usado, en primera instancia, en toda la historia donde han habido intelectuales en su esfuerzo de elaboración intelectual, como nos dice Gramsci,² no necesariamente surge con este esfuerzo. *Strictu sensu*, pues, el intelectual nace en épocas mucho más recientes de las que se pensaría.

Con el caso Calas en 1762, Voltaire es el primero en consternar públicamente su opinión en contra de su juicio y ejecución. “Esta escena fundadora, que ve la salida del filósofo del mundo de las ideas para tomar parte en los grandes envites de la vida de la ciudad, ilustra la manera como Pascal Ory define al intelectual: “un hombre de lo cultural puesto en situación de hombre de lo político”.³ Sin embargo, para algunos autores sería un

¹ François Dosse, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2007, p. 15.

² *Ibid.*, p. 31.

³ *Ibid.*, p. 24.

siglo después, cuando surge este concepto de *intelectual*. Para François Dosse, Jean-François Sirinelli y Pascal Ory este concepto surge a finales del siglo XIX con una coyuntura específica.

Esta coyuntura será la conversión plena del *hombre de cultura* en *hombre de política*; el caso Dreyfus y la defensa de éste por parte de Émile Zola. La publicación en *L'Aurore* de la famosa carta *J'accuse* de Émile Zola en 1898 es el comienzo de lo que podemos definir como historia *intelectual*, o bien, la historia de los *intelectuales* de la cual partiremos. No sólo por el compromiso político de estos pensadores en defensa del caso, sino también por el surgimiento del *concepto* de intelectual como tal. Con el caso Dreyfus (1894-1898) el concepto de intelectual se utiliza como hombre que ejerce sus facultades de pensador, pero a la vez sale a los medios o a las calles a protestar para defender su opinión. Es decir, el concepto de *intelectual* surge cuando la tesis marxista se aplica visiblemente por primera vez: “Los filósofos no han hecho más que *interpretar* de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de *transformarlo*”:⁴ “el intelectual ya no se define entonces por lo que es —una función, un estatuto— sino por lo que hace, por su intervención en el terreno de la política, entendida con el sentido de debate sobre la “ciudad”.⁵

Así, el intelectual ya no sólo es aquél hombre que *piensa* a su sociedad —incluso lo encierran en *su ciudad*—, sino que vela por ir más allá del pensamiento en torno a ella —ya sea en el rol pasivo del conservador, o el activo del intelectual de izquierda. Aquí se toca otro concepto que será fundamental para el resto del trabajo: las generaciones de intelectuales. Éstas no sólo están marcadas por trabajar juntos —o contrarios a sí, como pasó con el caso Dreyfus, donde unos eran defensores del capitán Dreyfus, y otros antidreyfus—,

⁴ Karl Marx, *Tesis sobre Feuerbach*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1979, p. 229. Debe aplicarse el matiz en cuanto a la influencia de la tesis marxista sobre el *ser* intelectual, pues si bien un intelectual debe tener cierto compromiso para con su época, ésta es una visión del intelectual que se acota al intelectual de izquierda. Por tanto, de forma a poder hablar de intelectuales de derecha e izquierda, es importante hacer el reconocimiento que no es categórico ni necesario que un intelectual *transforme* su época; así, los intelectuales conservadores, pueden ser intelectuales que pugnen por la *conservación* del orden en el cual viven.

⁵ Pascal Ory, *Los intelectuales en Francia. Del Caso Dreyfus a nuestros días*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2007, p. 19. Es importante señalar aquí, que este libro es de una co-autoría con Jean-François Sirinelli. Sin embargo, cada autor elaboró por su cuenta ciertos capítulos, por lo que se cita el autor que elaboró dicho capítulo, no a ambos autores del libro.

sino también y en primer lugar por algún hecho que los haya marcado como generación. En nuestro caso, estos hechos serán las dos guerras mundiales, pero sobre todo, y como veremos más adelante, el comunismo. Tanto Isaiah Berlin como Eric Hobsbawm vivieron esta época de revolución copernicana, como nos dice Dosse:

La conmoción del primer conflicto mundial, la aparición del fascismo y del comunismo, y el desarrollo consecuente, entre los intelectuales, del antifascismo y el anticomunismo, cambiaron los puntos de referencia del debate político y modificaron, por este hecho, las coordenadas del compromiso. Se trató pues claramente de una revolución copernicana, que alteró radicalmente el firmamento político e intelectual.⁶

Estas generaciones irán formando el pensamiento de una época, además de las acciones en las que vayan tomando parte para transformar su mundo. El intelectual se juntará con un grupo, por dar un ejemplo, en una revista y a partir de ahí elaborarán, juntos, un pensamiento y acciones. “Parece que la palabra ‘intelectual’ se emplea cuando unos individuos de profesiones diversas se sienten con una misión común y un espíritu de cuerpo, incluso una conciencia de clase”.⁷ El intelectual no sólo trabaja, sino que se *compromete* con su época para mejorarla. Tanto Berlin como Hobsbawm trabajaron en diferentes grupos —algunos opuestos entre sí— para transformar el mundo.

La historia intelectual que se hará de estos dos autores, pues, no sólo abordará sus vidas personales —pues es central conocerla para ver cómo iban evolucionando y comprometiéndose en sus distintos campos—, sino que también se abordará su vida como *intelectuales*. Es decir, no sólo como profesores de Oxbridge,⁸ sino aún más allá: se verán las actividades políticas que uno y otro tuvieron a lo largo de su vida. Además de tomar en cuenta, como debe hacerlo todo historiador, el origen que tuvieron estos dos intelectuales del corto siglo XX. Este origen, como se verá, no sólo tiene rasgos en común que determinan

⁶ Jean-François Sirinelli, *Los intelectuales...*, *op. cit.*, p. 308.

⁷ François Dosse, *op. cit.*, p. 61.

⁸ Término que usan ambos autores para denominar a Oxford y Cambridge.

sus vidas y carreras académicas, sino que se diferencia enormemente a partir de un hecho en específico que Isaiah Berlin vive en primer plano: la Revolución Rusa. Esto no sólo determina su vida, sino su pensamiento. Para Eric Hobsbawm, será otro hecho fundamental en el siglo XX el que lo determinará a él y a su pensamiento: la subida de Hitler al cancillado alemán. Sin embargo, los dos se vieron influidos por el comunismo, aunque de maneras totalmente opuestas.

Será, por tanto, fundamental hacer el relato entrecruzado de vida e historia mundial en cada uno de estos personajes, que tendrán un capítulo reservado para sí, y otro final donde se entretjerán estas dos experiencias e intelectualidades para analizarlas una frente a la otra. Sus relaciones entre sí y las relaciones de éstos para con otras instancias será fundamental para entender el desenlace de su pensamiento y de su actividad académica. Así, pues, se seguirá a la historia intelectual como la define Sirinelli:

La historia de los intelectuales, en suma, debe ser al mismo tiempo escrupulosa en sus métodos y ambiciosa en sus fines: asentada en particular sobre un proyecto de geodesia que permita establecer los mapas de los grandes recorridos del siglo, es a la vez arqueología, geografía y genealogía. Arqueología, por la puesta al descubierto de solidaridades de origen y fenómenos de estratificación generacional, esclarecedores para la geografía de la *intelligentsia* en una fecha determinada; genealogía por la investigación de las influencias y, por tanto, de las relaciones de filiación. Esta historia no puede pues consistir únicamente en la descripción del papel de los intelectuales en la vida de la ciudad en tanto que grupos de presión —formando, además, un conjunto variado. Le corresponde también el estudio de la constitución de esos grupos y de sus mecanismos internos.⁹

Este estudio será de la historia de los intelectuales, no tanto de historia intelectual como tal.¹⁰ La historia de estos dos intelectuales como co-creadores de sus respectivas áreas de estudio. Por un lado, de Isaiah Berlin como uno de los liberales académicos más

⁹ Jean-François Sirinelli, *op. cit.*, p. 306.

¹⁰ Por tanto, se seguirá el concepto de Sirinelli y Ory, más que de Dosse en las obras ya citadas.

connotados e importantes del siglo xx, y por el otro Eric Hobsbawm como uno de los comunistas académicos de mayor importancia a nivel mundial en el siglo xx. Ambos, radicaron sobre todo en Inglaterra y Estados Unidos —otra de las coincidencias de ambos autores— y como figuras intelectuales de Oxbridge.

Así, este trabajo parte de la hipótesis de que se trata a dos autores fundamentales para el desarrollo de las ideas comunistas y liberales en el siglo xx, además de que se fundamentará cómo es que el intelectual no debe quedarse en su cubículo analizando el mundo. Es una cuestión de *concepto* que el intelectual debe salir a aplicar sus conocimientos y hacerlo de tal forma que pueda *efectivamente* cambiar su época; muestra clara de ello es la trayectoria de ambos historiadores. Si bien se pueden dar cambios fundamentales en la historiografía —cosa que ambos autores hicieron en sus campos— también es fundamental cambiar el rumbo de la historia: “El intelectual rechaza el curso repetitivo de la existencia y se rebela contra toda forma de domesticación o de rutina”,¹¹ además de que “Un intelectual se parece a un náufrago que en cierta manera aprende a vivir *con* el país y no *en* el país”.¹² En el caso de estos autores, esto será facilitado por el carácter de inmigrantes que tienen. Como se verá, ambos asimilan como suyo el país británico, pero nunca dejan de ver claramente que son inmigrantes en el país.

Aquí debe hacerse una observación en cuanto a cómo se tratará a Isaiah Berlin. Aunque éste fue un filósofo de suma importancia —y de hecho él se definía como tal por casi veinte años— no se le tratará como tal, sino como historiador de las ideas. Sus escritos de filosofía política abordarán de una forma tal las problemáticas, que es claro que colindan con la historia de las ideas. Si bien se abordarán algunos de sus escritos filosóficos, se les tratará como escritos de historia de las ideas. En cuanto a Hobsbawm, no se tendrá confusión

¹¹ François Dosse, *La Marcha de las Ideas...*, *op. cit.*, p. 32.

¹² Edward Saïd, *Des Intellectuels et du porvenir*, Seuil, París, 1996, p. 15.

alguna, pues es bien sabido que sus trabajos son de historia —en sus distintas ramas, claro está.

Esta historia intelectual del siglo pasado, obedecerá a un análisis de sus obras de carácter histórico —no se abordará la lógica de Berlin, por ejemplo—, y sobre todo de los escritos que puedan tener elementos comunes entre sí o cuando menos puedan ser comparables y se complementen entre sí por los argumentos que exponen. Es decir, habiendo establecido el contexto histórico y biográfico de cada autor —que se abordará con dos libros exclusivamente, la autobiografía de Hobsbawm y la biografía de Isaiah Berlin hecha por Michael Ignatieff—,¹³ se abordarán los escritos del pensamiento filosófico-histórico de Berlin, mientras que se abordarán los escritos de historia social de Hobsbawm. Se abordarán los trabajos de ambos autores que se refieran a los siglos XVIII al XX, aunque con caracteres totalmente distintos. Esto con el fin de poder hacer una comparación más precisa entre estos dos autores en torno a una época en específico, y teniendo en cuenta que cada uno parte de bases distintas para hacer su respectivo análisis y que ambos llegarán a sus conclusiones por métodos distintos. Además, en cada caso se hará un análisis del compromiso y actividad política que cada uno tuvo. Se tendrá que tomar en cuenta que estos dos autores tuvieron actividad política muy distinta entre sí y que por lo tanto, el análisis de ésta será de acuerdo a la actividad política que cada uno haya llevado a cabo.

Así, se verá que en ambos autores hay una importante relación con Marx y su pensamiento, y que a partir de esta concepción en torno al pensador decimonónico, establecieron muchas de las tesis que se analizarán aquí. Se verá que en ambos la *duda política* tiene una función trascendental para el funcionamiento de cualquier sociedad, y cuál fue el destino de ésta a lo largo del siglo XIX y XX. Asimismo, se verá que el análisis de larga duración por parte de los dos autores, a pesar de partir de vertientes históricas distintas —historia de las ideas e historia social— llega a conclusiones que son comparables.

¹³ Eric Hobsbawm, *Años interesantes: una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003 y Michael Ignatieff, *Isaiah Berlin: su vida*, Madrid, Taurus, 1999.

Es importante señalar algunos datos generales de ambos autores, a pesar de que se abordará en un capítulo en específico a cada autor. Además de señalar los elementos que serán fundamentales en el análisis de ambos.

Eric John Ernest Hobsbawm nace en Alejandría el 9 de Junio de 1917 y muere en Londres el 1 de Octubre de 2012. De origen judío —no practicante ni sionista— inglés —Egipto era una colonia inglesa—, es hijo de un comerciante inglés y de madre judía austriaca. Su estadía en Egipto es corta, pues la familia Hobsbaum se muda a Vienna. Al poco tiempo se queda huérfano, quedándose solo con su hermana. Sus padres adoptivos, sus tíos paternos, vivirían poco tiempo en Vienna y se mudan con toda la familia a Berlin. Ahí, Hobsbawm tiene sus primeras experiencias completamente vívidas, ya como adolescente. Le toca vivir el fervor del comunismo en Berlin, además del crecimiento del fascismo. Por razones laborales de su padre adoptivo, la familia se muda a Londres en 1933, donde el joven Eric termina su educación media superior. Consigue una beca para estudiar historia en Cambridge, donde radicaría el resto de su vida académica con cortas estancias en Nueva York, Londres y otras universidades a nivel mundial. Comunista de hueso colorado, forma parte del Partido Comunista desde 1936. Fue de los pocos historiadores en quedarse en el partido después de la invasión soviética a Hungría, aunque vería el declive posteriormente del partido y no tendría más opción que abandonarlo con su desintegración. Como intelectual, no sólo formó parte de la élite en Cambridge, sino que también estuvo férreamente interesado en unirse a los círculos intelectuales de Francia e —sobre todo— Italia donde conocería a grandes historiadores del siglo xx, entre ellos a Labrousse y Braudel. Su interés no se quedaría en Europa, sino que también tendría largas estancias en América Latina y Estados Unidos. Hombre de gran devoción por el conocimiento y el jazz, Hobsbawm constituyó un pilar en la escena comunista inglesa. Además de sus grandes aportes bibliográficos a la historiografía, están sus aportes hemerográficos, entre los cuales no podemos obviar *Past and Present*.

Por tanto, trataré a Hobsbawm como un historiador social marxista. Los trabajos que se revisarán de él serán donde se pueden ver claramente los resultados de su obra: las *Eras*. No apelaré a los textos más de carácter monográfico de historia social, sobre todo por el hecho de que son las *Eras* —incluida la *Historia del siglo xx*— las que caracterizan de manera más inmediata el pensamiento histórico de Hobsbawm, pues fueron éstas las que constituyeron el cúmulo donde se dejó ver todo el trabajo de este historiador. De esta obra no sólo se desprende su pensamiento histórico, sino las tesis a partir de las cuales podré observar en qué medida se puede comparar su pensamiento con el de Berlin. A esto le agregaré algunas entrevistas realizadas al autor que aún están disponibles, para complementar el contenido biográfico y teórico con respecto a él.

Isaiah Berlin nació el 6 de Junio de 1909 en Riga, Letonia —por aquél entonces todavía parte del imperio ruso— y murió en Oxford el 5 de Noviembre de 1997. Hijo de un comerciante maderero y de una madre judía sionista, crece en Riga. Los intereses comerciales del padre llevan a la familia Berlin a Petrograd, posteriormente conocido como Leningrad y hoy día San Petersburgo. Testigo directo de la Revolución Rusa, la familia Berlin huye del comunismo antisionista en 1921, mudándose a Londres. De gran talento intelectual desde chico, Isaiah aprendió a hablar inglés de manera fluida en cuestión de meses. Estudiaría filosofía en Oxford y es elegido para el reconocido All Souls College. De gran prestigio en Oxbridge desde joven, Berlin conoce a las figuras centrales de filosofía de la época: Ludwig Wittgenstein, Stuart Hampshire, Maurice Bowra, entre otros muchos. La relación que mantendría con su país natal y Rusia sería de amor-odio. Si bien siempre mantuvo distancia del régimen comunista, sus ideales y prácticas autoritarias, nunca dejaría de admirar la intelectualidad rusa, dedicando muchos de sus estudios a figuras rusas de suma importancia. Sus encuentros con intelectuales rusos fueron algo que evocaban un sentimentalismo acérrimo en el autor. Trabajaría por un buen tiempo para el gobierno de Gran Bretaña en Estados Unidos como parte de los servicios de información del primero, además de trabajar

para la embajada británica. A pesar de sus estancias en Estados Unidos, su hogar siempre sería en Oxford, donde fundaría uno de los diversos colleges: Wolfson College. Sus ideales liberales lo llevaron a ser un fuerte defensor de la democracia y los derechos humanos en cualquiera de los cargos que ocupara. Su vida intelectual como tal no es —para él, cuando menos— de tanta importancia como lo fueron sus acciones e influencia para muchos autores del siglo xx. Su obra solamente se haría conocida gracias a esfuerzos externos a él. De carácter tímido pero a la vez extrovertido, Berlin siempre fue una figura fundamental para toda persona que lo llegara a conocer. Era un hombre que no sólo inspiraba confianza, sino que era de una inteligencia de los cuales pocos están dotados.

El trabajo de Berlin es un poco más amplio en el sentido de que analiza temáticas un poco más distantes entre sí que Hobsbawm, y por ello es importante hacer una delimitación en torno a lo que se va a revisar de su trabajo. Se abordarán sus escritos de historia de las ideas y los intelectuales que dejan ver el pensamiento que tenía no sólo con el comunismo soviético, sino también con el pensamiento filosófico de Europa occidental a partir del siglo xviii al xx. Al igual que con el caso de Hobsbawm, tendré el apoyo audiovisual de entrevistas que se le hicieron, y que aún están disponibles.

Dejando estos dos preámbulos de los autores, pasemos, pues, al análisis concreto de cada uno y a la comparación entre estos dos intelectuales, figuras del siglo xx.

II. ISAIAH BERLIN

SU VIDA

En un edificio con un estilo *art nouveau* de Riga en la calle de Albertstrasse en las afueras del imperio ruso, nacería el 6 de Junio de 1909 Isaiah Berlin. Hijo de una pareja judía, Isaiah nace como el milagro familiar; años antes se les había muerto la hermana en parto, complicando cualquier contingencia de volver a parir un hijo. El padre de Isaiah, Mendel Berlin era un exitoso comerciante de maderas y con fortuna heredada de algunas generaciones atrás.

Asesinado el archiduque austriaco, la ciudad viviría un bloqueo comercial hanseático. Ante éstas y otras amenazas, la familia Berlin —madre e hijo en primer instancia — viajaron a Petrogrado en 1916. Ahí, el aún pequeño Isaiah aprendería los frutos de ser autodidacta; en esta etapa de su vida nunca fue a la escuela, pero no se separaba de la biblioteca familiar, leyendo obras como *Guerra y paz* y *Anna Karenina* a los diez años. Sus familiares también serían una fuente apreciable de conocimiento continuo.

Al año siguiente, Isaiah viviría un hecho que lo marcaría por el resto de su vida y por extensión, a su intelecto e ideas: la Revolución Rusa. “Todo un régimen se desmoronaba en torno a Isaiah, y por supuesto él no tenía ni la más remota idea del hecho”.¹⁴ El aún ingenuo y chico Isaiah vería desde su ventana, los ríos de gente indignada levantando pancartas y cantando *La Marsellesa* en ruso. Al ser una familia burguesa, la revolución les empezaría a traer grandes incomodidades. A partir de esto, Berlin formaría muchas de sus opiniones en torno al comunismo que viviría en los próximos meses. La situación se tornó tan tensa que la familia Berlin optó por el auto-exilio a Londres en 1921. Esto sería un gran reto para Isaiah. El inglés estaba lejos de serle una lengua conocida. Sin embargo, sus capacidades le permitirían la rápida adaptación; ahora era parte de la clase media inglesa, y al igual que muchos de sus compañeros, hijo de comerciante.

¹⁴ Ignatieff, *op. cit.*, p. 39.

El paso siguiente que emprendería Isaiah sería su ingreso a Oxford. Al venir de una escuela altamente reconocida en las esferas de Oxford —St. Paul’s— Berlin saldría con el talante cultural de un londinense altamente afortunado tanto intelectual como socialmente. Desde los dieciocho años, el joven Berlin ya marcaría pautas entre sus colegas y sus esferas.

Marchó a Oxford en el otoño de 1928. Era un joven gordezuelo, de pelo negro rizado y ojos oscuros y vivos, cejas pobladas y gafas gruesas. Llevaba un traje de tres piezas de color apagado como su padre [...]. A su madre le preocupaba —era estudioso, no sabía bailar; no hacía vida social— pero no había ningún motivo para ello. Oxford fue una liberación. Isaiah se alejaba de sus padres y se lanzaba al gran mundo.¹⁵

Entraría al Corpus Christi College a estudios clásicos. Con su particular genio, Berlin leía mamotreto tras mamotreto para después discutirlos en sus ensayos interminables, o bien en su habitación con otros compañeros. Era un orador por excelencia, pero su acento y forma de hablar no acompañaban su dote maravillosa. El genio de Isaiah inspiraba celos en algunos de sus compañeros por el hecho de ser un erudito: quedaba claro que tenía un futuro intelectual brillante. En estos años conocería a Frank Hardie y Maurice Bowra, ambos de gran influencia en el joven Berlin.

Su vida, concluidos sus estudios en el Corpus Christi en 1931 con el premio en filosofía John Locke, dio un giro decisivo. Decidiría estudiar la especialidad en PPE (Philosophy, Politics, Economics) por aquel entonces todavía nueva —y sin apoyo significativo por parte de ningún académico— en Oxford. En esta época conocería a R. G. Collingwood, el único que insistía en una interpretación histórica de la filosofía. Éste resultaría ser de gran inspiración para Berlin.

Terminados sus estudios de PPE, Richard Crossman y Frank Hardie le ofrecieron un puesto en el New College de Oxford, que ocuparía a partir de 1932. Su estancia ahí duraría pocos años y por medio de Hardie, obtendría una *fellowship* en All Souls College en 1932. Este College albergaría una nueva esperanza para Isaiah, pues además de ser uno de los

¹⁵ *Ibíd*, p. 69.

colegios más importantes de Inglaterra, su labor docente quedaría en un pasado. Sería el primer judío en All Souls y tercero en recibir una *fellowship* en Oxford —esto a los 23 años de edad. De pronto se vio entremezclado con la élite de Inglaterra.

En 1933, el *warden* de All Souls, H. A. L. Fisher, le encargó lo que llegaría a ser su primer libro: un estudio sobre Karl Marx. Escribir sobre un autor que le causaba disgusto por el hecho de ser uno de los promulgadores de un hecho que le parecía de escándalo y que le provocaba los sentimientos más llenos de odio: la Revolución Rusa.¹⁶ Sin embargo,

Escribir sobre Marx era [...] unirse al flujo de la principal corriente ideológica de su época y tomarle la medida al reto que ello significaba para sus propias e incipientes lealtades liberales. Lo que fascinaba a Isaiah era el odio de Marx hacia la civilización misma que él admiraba [la inglesa]. Esto sentaría un precedente que perduraría el resto de sus días: Berlin defendía sus propias convicciones escribiendo sobre las personas que eran sus enemigos más acérrimos.¹⁷

Marx fue su primer acercamiento a la historia de las ideas. Esta obra fue un parteaguas. Su campo de reflexión a penas existía en esta universidad e Isaiah Berlin sería uno de los primeros en promulgarlo, además de consolidarla con obra tan espléndida como es *Karl Marx*. Se acercaba al liberalismo como pocos; acercándose y conociendo a sus enemigos.¹⁸ Las lecturas en ruso y sobre el origen del pensamiento de Marx lo llevaron a investigar su pasado, y así descubriría una rama de la historia de las ideas a la cual le dedicaría una gran parte de sus trabajos: el pensamiento ilustrado y ruso. Asimismo, esta obra también lo definiría políticamente: “No soy un hombre de política; soy un hombre que se dedica a la democracia y la gente”, diría en una entrevista con Michael Ignatieff.¹⁹

A su regreso a Oxford, Berlin empezaría a relacionarse con alguien que quedaría como amigo y enemigo por el resto de su vida: A. J. Ayer. Junto a J. L. Austin, formarían un

¹⁶ https://www.youtube.com/watch?v=zDAGngAc9_M, visto por última vez el 6/11/2014.

¹⁷ Ignatieff, *op. cit.*, p. 102.

¹⁸ <http://letraslibres.com/revista/convivio/isaiah-berlin-contra-la-corriente?page=full>, consultado el 20/9/2014.

¹⁹ https://www.youtube.com/watch?v=zDAGngAc9_M, visto por última vez el 6/11/2014.

grupo de filosofía analítica, donde discutían los principales problemas de la filosofía en la época. Esto le permitió darse cuenta de que el pensamiento histórico tenía una materialidad mucho menos etérea que la filosofía, y podía analizar problemas filosóficos desde una perspectiva aún más profunda; no sólo en cuanto pensamiento, sino como formación del mismo. Empero, Berlin nunca abandonó el rol de la pregunta —si bien filosóficamente— en la historia.

La Segunda Guerra Mundial estalló. Al estar en Oxford no podía más que seguir con sus tareas de profesor e investigador, y fue justo en 1940 cuando conocería a una de las mentes inminentes del siglo xx: Ludwig Wittgenstein. Berlin no le causó ninguna impresión, y sólo le pareció que tenía una cualidad moral alta. “El juicio de Wittgenstein coincidía con el del propio Berlin, y su encuentro significó el final simbólico, si bien no el real, de la carrera filosófica activa de Isaiah”.²⁰

Parecía que el destino lo había hecho todo; pocos meses después Guy Burgess, alumno de Isaiah del Trinity College, le trajo una propuesta que le daría un vuelco a la vida de Isaiah. Éste le ofrecía ser nombrado oficial de prensa de la embajada británica en Moscú. Un año después, en realidad sería transferido a Nueva York. ¿Su función? Elaborar un reporte semanal para ver la manera de provocar la entrada de Estados Unidos a la guerra. Fue en Estados Unidos donde adquiriría su sentido realista y práctico de la vida; se había dado cuenta que la inteligencia no radicaba exclusivamente en la capacidad analítica-filosófica, sino que el carácter y el discernimiento eran parte fundamental de ésta.

Las relaciones de Berlin con Chaim Weizmann, a quien había conocido unos años antes, proliferarían. Los encuentros con su amigo sólo se reducían a relaciones laborales, el conflicto israelí-palestino sería uno de los focos sobre los cuales Berlin debía informar a Gran Bretaña. También tendría que platicar con David Ben Gurion, el representante de la otra faceta —más agresiva— del sionismo. Sería después de una comida con éste que Berlin

²⁰ *Ibíd*, p. 134.

se enteraría del ataque a Pearl Harbor. El despacho de información británico estaba celebrando: la entrada de Estados Unidos a la guerra estaba garantizada.

En 1942, sería transferido al Foreign Office, en la embajada británica de Washington D.C.. La alianza anglo-norteamericana estaba en su punto más álgido, en preparación para la guerra. Berlin se encontraba en medio de políticos que confeccionarían el futuro de Estados Unidos, y como ahora sabemos, de la Segunda Guerra y del mundo. Berlin se movía de arriba a abajo confeccionando reportes sobre la opinión estadounidense al gobierno británico.

En 1944 haría un viaje a Londres, el cual resultó ser un parteaguas. Sentado, solo, en una cabina no presurizada y con un tubo de oxígeno en su boca, Berlin no podía hacer nada más que pensar para sí. En este viaje tedioso, tomaría la decisión de abandonar la filosofía. Al aterrizar en Londres, tras una noche larga de soliloquio con su mente, había resuelto trabajar en la historia de las ideas.

En 1945 recibió una oferta por parte de Clark Kerr: visitar Moscú. Parte importante del viaje fue su reencuentro directo con la intelectualidad rusa. Ahí conocería a Pasternak y Anna Ajmátova, ambos literatos reprimidos por el régimen estalinista. “A sus ojos, Isaiah estaba haciendo de mensajero entre las dos culturas rusas —una en exilio exterior, la otra en exilio interior— que la revolución había separado”.²¹ Berlin siempre había buscado la aprobación de las mentes más brillantes que conoció en su época, pero ésta tenía una importancia especial. Era una persona que había sufrido la época de la Revolución, pero que a diferencia de él se quedó a soportarla y aguantó esta vida difícil como intelectual, fuera del régimen de la *intelligentsia* soviética.

Berlin nunca dudó de que su visita a Ajmátova era el acontecimiento más importante de su vida. Salió de Rusia habiendo concebido un odio hacia la tiranía soviética que iba a informar prácticamente todo lo que escribió en defensa del liberalismo occidental y las libertades políticas a partir de entonces. Su feroz diatriba contra el determinismo histórico estaba animada

²¹ *Ibíd*, p. 215.

por lo que había aprendido de Ajmátova: que la historia podía verse obligada a ceder ante el puro tesón de la conciencia humana.²²

Berlin ahora era una de las figuras centrales de la intelectualidad inglesa; llegaría a ser conocido como el *hombre más inteligente de Inglaterra*. Su regreso a Oxford significaría un regreso a la excentricidad. Dar clases de nuevo le otorgaría un aire nuevo a su trabajo pues viajaba regularmente a Estados Unidos para dar clases en universidades de prestigio de aquel país. Sus clases de historia de las ideas tendrían una aceptación como pocas. A partir de la publicación de *El Erizo y el Zorro* (1953) y de la famosa distinción entre uno y otro, Berlin se haría aún más conocido. Para unos, era el erizo que se concentraba en una sola cosa, y para otros —incluido él mismo—, el zorro que pugnaba por tener un enfoque variado.

La confianza de Berlin conocería su clímax en esta época de posguerra. Ahora que estaban proliferando las intelectualidades en el continente y en Oxford, Berlin en realidad no se decidía por el modelo de ninguno de los dos. “En este contexto de creciente polarización, Berlin eligió una vía propia, buscando un proyecto propio y su propia versión del compromiso intelectual”.²³ Berlin se vería constantemente en lucha propia con su religión, que estaba imponiendo un régimen con el cual no estaba de acuerdo. Sus lealtades, después de todo, estaban entre el sionismo, Oxford y el liberalismo que defendía a toda costa. No es raro ver cómo Estados Unidos le provocaba los sentimientos más encontrados: “Soy desde luego anticomunista, pero quizá cuando están quemando herejes por todas partes no sea la cosa más valiente del mundo declarar tu lealtad hacia los que hacen las hogueras, particularmente cuando condenas a la Inquisición”.²⁴

Es en esta época cuando publica en la revista *Foreign Affairs* el artículo de “Political ideas in the Twentieth Century”, ahí expondría dónde quedaba parado con respecto a la Guerra Fría y hablaría de la evolución y transformación de las ideas políticas del siglo XVIII-

²² *Ibíd*, p. 230.

²³ *Ibíd*, p. 239.

²⁴ *Ibíd*, p. 262.

xix —las *ideas románticas*—, en el siglo xx; en la siguiente sección lo analizaremos a detalle. Lo que queda claro es que, a partir de este escrito y otros de la época, tenía la intención de exponer sus ideas en contra del autoritarismo del siglo xx en todas sus vertientes, condenando especialmente a la Unión Soviética.

Es a partir de este escrito que el autor encontraría algo que sería fundamental para el resto de su vida: no era el zorro que merodea por distintos terrenos, sino un erizo que buscaba “una cosa grande”. En su caso, se daba por sentado que esta *cosa grande* era el tema de la libertad y la libertad traicionada. Su texto sobre las ideas de la libertad en la Ilustración y Romanticismo, además de sus connotados trabajos con respecto a la intelectualidad y cultura rusa de los siglos xix y xx habían comenzado. Todo su trabajo giraría en torno a este tema.²⁵

Saldría a los medios de comunicación de gran renombre: dicta seis charlas en la BBC de temas de historia de las ideas —Rousseau y su traición a la libertad— con gran éxito. “Se había convertido en un intelectual público; al estilo ruso, pero con expresión inglesa”.²⁶ Construida esta base para su fama, Berlin recitaría más trabajos en la BBC, y su nombre quedaría en alto en cada uno de los radioescuchas. Ahora no sólo era un intelectual público de Estados Unidos, sino que también lo era de Inglaterra.

No acabo de verme estando del lado de la autoridad, del buen juicio, etc., y me oigo parlotear y la única excusa que encuentro es que uno está lleno de ideas sin tamizar y demasiado desbordado para tener tiempo de pensar y uno tiene la sangre demasiado caliente para hacerse cargo de las consecuencias y este tipo de cosas, y esto es absurdo cuando a uno le consideran un mozo viejo.²⁷

²⁵ Para hacer un rastreo año con año, artículo por artículo de las publicaciones de Berlin, es sumamente interesante encontrarse la alternancia entre temas relacionados con Rusia, y los temas de historia de las ideas que estaba haciendo con respecto al resto de Europa. *Vid.* <http://berlin.wolf.ox.ac.uk/lists/bibliography/>, Consultado por última vez el 18/05/2015.

²⁶ *Ibíd*, p. 278.

²⁷ *Ibíd*, p. 281.

Su pesimismo era evidente, y tan sólo tenía cuarenta años. Un año después comenzaría su vida sexual con Patricia Douglas y una vez abierta la compuerta, parecía que no podía volver a cerrarla jamás. Finalmente, se casaría con Aline, con quien permaneció casado hasta la muerte. Éste ya no era el Berlin de hacía diez años:

Había abandonado la filosofía analítica y encontrado su propia voz de historiador y moralista. Se había enfrentado al conflicto entre lealtades que amenazaba con dividirlo como sionista y como judío, y había resuelto su posición en la Diáspora. Se había sentido tentado por Estados Unidos y había vencido la tentación. [...] Finalmente, había vencido sus vacilaciones emocionales y estaba a punto de iniciar su vida de casado. [...] Todas sus luchas —en busca de identidad como judío, como intelectual, como liberal y como hombre— habían confluído simultáneamente [...].²⁸

En medio de su década más álgida y productiva —1950—, llegaría a la cátedra de teoría política más importante de Oxford y constituiría un renacer de la misma. No fue coincidencia que en esta época —finales de la década de 1950— publicara uno de sus trabajos de mayor relevancia: *Two Concepts of Liberty*. Lo que mantendría a Berlin en este talante de fama por su pensamiento era justamente su carácter necio y escéptico; siempre tomaba en cuenta todo argumento para que éste no tuviera error ni falla. Su pensamiento siempre sería preciso y no dejaría escapar el más mínimo detalle; pero en persona siempre expresaba todo lo que pensaba; algunas veces sin pensarlo bien, como él mismo lo diría. Las posturas marcadamente anticomunistas y —aunque menos férreas— pro Estados Unidos le separarían de la izquierda y de sus amigos de la izquierda. Pero —y aquí sucede algo sumamente interesante— Berlin mantuvo una opinión ventajosa de nuestro otro autor en cuestión: pensaba bien de él por el hecho de que no subordinaba su trabajo a la ideología y por ello mantenía una seriedad como pocos en su trabajo.

Ahora era claro por qué le molestaba a Berlin que académicos dieran su opinión sobre temas políticos, era evidente que su opinión era muy distinta a la mayoría de sus

²⁸ *Ibíd*, pp. 296-297.

colegas. Como se puede ver en su bibliografía, era claro que su crítica demeritaba todo pensamiento y teoría política de la época. Al mismo tiempo, seguía redactando ensayos concernientes a las *Ideas Políticas en la Era Romántica* (2006); era evidente su capacidad de construir un vaivén, tanto dentro de un mismo texto, como dentro de la multiplicidad de textos que escribiría en esa época.

Para la mitad de la década de 1960, Berlin empezaría a decaer en su producción y astucia intelectual. Sin embargo, obtendría una de las obras más importantes de su vida en estos años. Estando en Nueva York, lo llamó el vicerrector de Oxford, quien le ofrecía ser director del recién creado Iffey College. Su deseo por trabajar con *graduates* —estudiantes de posgrado— sería satisfecho. Sus lazos sociales permitieron que su trabajo se viera facilitado. La Fundación Wolfson, junto a la Fundación Ford auspiciarían los gastos del ahora llamado Wolfson College. En julio de 1966 el Wolfson College abriría sus puertas en Linton Road. “Siempre había tenido un intenso sentimiento hacia las instituciones; ahora tenía la oportunidad de crear su propia comunidad y disfrutó muchísimo de ello”.²⁹

A pesar de esta tarea administrativa, Berlin no dejaría de producir escritos y tampoco dejaría de recibir los galardones: en 1971 recibiría el que probablemente fue el más importante, el *Order of Merit*. No sólo tenía ahora el mérito intelectual, sino que había creado un colegio, el cual respondía a sus ideales; fue el único filósofo que hizo tal tarea en el siglo xx. Tan sólo un año después abandonaría el Wolfson College.

Su carácter *humeano* le guiaría a través de una vejez sin preguntas metafísicas ni ponderando la sabiduría que pudo haber adquirido por el paso de los años; era un viejo extremadamente realista y con los pies en la tierra. Esto le vendría de mucha ayuda en un proyecto ambicioso que llevaría a cabo con uno de sus estudiantes del Wolfson College.

Henry Hardy le propuso reunir toda su obra en distintas compilaciones. Les tomaría veintitrés años la construcción y recolección de la obra de Isaiah —pero Hardy seguiría

²⁹ *Ibíd*, p. 363.

publicando aún después de la muerte de Berlin—. En 1978 se publicaría su primera compilación: *Pensadores rusos*, y seguirían *Conceptos y categorías*, *Contra la corriente* (1979), *Impresiones personales* (1980) donde se compilarían ensayos de distintas épocas en cada uno de estos títulos. Con la publicación de estos ensayos, quedarían claros varios aspectos de Berlin: “Para la mayoría de los críticos, era evidente que Berlin era un importante pensador filosófico, cuya combinación de indagación histórica, moral y política le hacía claramente *sui generis*. No había nadie, y desde luego no en Inglaterra, como él ni remotamente”.³⁰

Berlin, a la distancia veía con agrado —y cierto asombro— cómo se reunía una cantidad incalculable de sus trabajos. Sin duda, había llegado el tiempo de reconocer el trabajo de tan gran académico. Recibiría doctorados *honoris causa* de Harvard, Yale, Oxford, Cambridge, Atenas, Bolonia, Toronto y muchas otras universidades. Berlin era una verdadera eminencia en Inglaterra; el intelectual más conocido de su época en aquel país. Recibiría una gran cantidad de premios.³¹ Fue gracias al mérito que veían todos quienes lo conocían, que se dieron cuenta de que su trayectoria intelectual había sido fructífera y con un proyecto sólido como pocos.

En los últimos meses de vida, Berlin se reuniría con Ignatieff con el fin de corregir todo error que pudiera haber cometido en el relato de su vida. Era claro que Berlin quería que su imagen correspondiera a su vida. Como lector de su libro en preparación de una nota biográfica de Isaiah Berlin, puedo decir que todo lo antes escrito, no podría haberlo escrito sin la ayuda de este trabajo. Berlin moriría el 5 de noviembre de 1997 en el hospital por asfixia. Había muerto una de las eminencias del siglo, dejando un legado de historia de las ideas a las que nos dedicaremos a continuación.

³⁰ *Ibíd*, p. 380.

³¹ *Ibíd*, p. 383.

SU OBRA

Es imposible abarcar la totalidad de lo escrito por Isaiah Berlin en un lapso tan corto con el que aquí se cuenta. Sólo basta decir que al propio autor y Henry Hardy —y a éste aún más, pues después de la muerte de Berlin, siguió publicando compendios de sus trabajos—, les tomó alrededor de veinte años en reunir sus escritos y organizarlos para hacerlos material publicable. Así, la bibliografía que se tome de Berlin será la que más representativa haya sido en su pensamiento, y donde se elaboran las tesis centrales del pensamiento berlineano. Por tanto, la bibliografía en la que me he basado para hacer este análisis es la que se presenta: *Karl Marx. Su vida y su entorno*,³² *Political Ideas in the Twentieth Century*,³³ *Pensadores Rusos*,³⁴ *Conceptos y categorías*,³⁵ y *Las Ideas Políticas en la era romántica*.³⁶

Berlin, cuando a penas tenía treinta años publicó su primer libro: *Karl Marx. Su vida y su entorno*. Como ya se ha visto, es desde 1933 que se le encarga la redacción de dicha obra. Ésta es la primera obra que reflexiona en torno a Marx de esta manera, no desde una perspectiva definida de la *historia intelectual*, pero sí desde una historia de las ideas enfocada a Marx como intelectual de su siglo. Elabora una historia y crítica de la vida de Karl Marx, respaldándose en su obra y lo que envolvía al pensador como individuo del siglo XIX y como pensador del mismo.

Recordemos que aún en esta época Berlin podía ser considerado como filósofo, sin recurrir al estudio histórico de las ideas. Esto hace aún más impresionante su análisis, pues toma a Marx en su época, lo analiza desde ahí y, con la ayuda de su correspondencia y documentos, elabora una imagen de Marx tan completa como se puede hacer. En una

³² Isaiah Berlin, *Karl Marx: su vida y su entorno*, Madrid, Alianza, 2007.

³³ *Ídem*, "Political Ideas in the Twentieth Century." *Foreign Affairs*, <<http://www.foreignaffairs.com/articles/70812/isaiah-berlin/political-ideas-in-the-twentieth-century>>. Consultado por última vez 10/11/2014.

³⁴ *Ídem*, *Pensadores rusos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

³⁵ *Ídem*, *Conceptos y categorías*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.

³⁶ *Ídem*, *Las ideas políticas en la era romántica. Surgimiento e influencia en el pensamiento moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014.

década en la cual Berlin se halla en medio de la élite académica de Oxford, le es encargada una obra que lo definirá por el resto de su vida. *Karl Marx* es el comienzo del pensamiento histórico de Berlin.

KARL MARX E ISAIAH BERLIN

Berlin analiza la vida y trabajo intelectual de Marx, más allá de sus aportaciones meramente teóricas. No obstante, muchas veces obvia muchos de los pensamientos centrales a partir de los cuales podríamos conocer mejor al pensador decimonónico. Pero deja claro a lo largo de su libro, cuáles fueron los puntos a partir de los cuales Marx se constituyó en el pensador que fue.

Así, las formulaciones teóricas marxistas no sólo constituían un llamado a la verdad empírica del mundo en el que vivía, sino que además sus apelaciones socialistas eran formuladas como ideas, las cuales *tenían que* aplicarse; “no habla de derechos, sino de exigencias”. Negar estas exigencias sería negar la racionalidad del ser humano. A partir de las formulaciones teóricas socialistas había formado una teoría universal, una totalidad sistemática de interpretación y *acción*. Como observador crítico de su época, se dedicó a esbozar una teoría de la acción que sacara a la sociedad del letargo que vivía, procurando cortar la agonía injustificada de la raza humana. En gran medida, Berlin veía en Marx muchos puntos que podrían ser puntuales para el análisis de una sociedad, ya sea desde las ideas, o desde la sociedad como tal.

Ve el origen de algunas de las ideas marxistas desde Leibniz y es a partir de este estudio que empezaría a seguir la línea filosófica que plasma en esta obra. Sus tratados sobre la libertad, están fundadas sobre todo en el empirismo humeano y el racionalismo alemán kantiano. Pero también, y esto es evidente en la forma en la que recoge a las ideas en la historia, es clave la filosofía hegeliana en el pensamiento de Berlin. Se hace evidente que su visión de una historia de las ideas no es la de abarcar exclusivamente sólo una época, sino

los orígenes mismos de la época o fenómeno que analiza. Así, recoge a Leibniz, Spinoza, Descartes, Newton, Voltaire, Rousseau, Kant, Hegel y muchos otros para hacer una genealogía del pensamiento de los jóvenes hegelianos. Sin embargo, no sólo se trataba de la evolución de las ideas, se trataba de la evolución de las ideas frente a la situación histórica.

Se trataba de la evolución de las ideas en el frente horizontal, donde los hechos están en una inmensa red que interconecta cada elemento que en ella habita, y el frente vertical, la *historia trascendental* de Kant que conecta estos elementos a lo largo de una diacronía, como proceso de desarrollo. Es decir, había que superar la hipótesis de Leibniz y ver a la historia como algo más que una conexión *mecánica* de hechos. A partir de Hegel, la idea del progreso de Leibniz, ahora daría un vuelco; no todo sería mediante el consenso, pues Hegel insistía en la necesidad de la materialidad y de los conflictos como configuradores de la evolución del Espíritu: la dialéctica hegeliana. Así, “aplicáronse los nuevos conceptos en todas las esferas del pensamiento y de la acción con un desbordado entusiasmo que a una época que cree menos en las ideas puede resultarle difícil concebir”.³⁷

Al relatar la llegada de Marx a Berlín, se ve cómo se une a la facción radical de hegelianos, quienes declaraban que la actividad crítica debía ir dirigida en contra de las instituciones, pues es a partir de esta crítica que el individuo se acerca tanto a lo racional, como a lo real. La crítica de Berlin en el siguiente trabajo a analizar la aborda desde las instituciones que declararon las atrocidades las cuales tanto criticaba. Para Berlin sería fundamental la crítica de Marx hacia esas instituciones, pues a partir de ella, se constituye en un “jefe notorio de un movimiento subversivo con ramificaciones internacionales”.³⁸ Esto, claro está, bajo las líneas de una crítica que obedeciera a las condiciones históricas en las cuales se había formado uno u otro fenómeno.

Para esta crítica, no obstante, Berlin ya no ve a Hegel como la principal influencia en Marx, sino más bien a Saint Simon y Fourier. El primero, formulando una tesis a partir del

³⁷ *Ibíd*, p. 68.

³⁸ *Karl Marx...*, *op. cit.*, p. 86.

consenso con la burguesía, pero construyendo una nueva sociedad a partir de las condiciones materiales que ya estaban presentes en la sociedad contemporánea. Fourier, en cambio, lo veía a partir de la construcción de una realidad comunista desde cero, para poder agenciar el verdadero cambio. “Marx aceptaba ambas tesis; intentaba mostrar que los hombres progresaban [...] hacia una sociedad en la que las profecías más optimistas sobre una productividad no fiscalizada se conjugaban con un control social”³⁹ el cual debía salvarlos de la opresión y atomización.

Parte de la idea hegeliana del progreso, que la transformación histórica siempre será por medio del progreso irreplicable de los distintos elementos que la componen. Berlin, por medio de Marx, está dejando plasmada una de las ideas centrales de sus escritos posteriores sobre la libertad: la libertad como agente de cambio humano, debe poder zafarse del poder de agente externos a si para constituirse verdaderamente en un ente independiente. Para Marx, el fin último de la sociedad es la “armoniosa realización de las potencialidades humanas” por medio de la razón y la revolución, el cambio; para Berlin, sería exactamente el mismo, pero por medio de la libertad. El concepto es exactamente el mismo, usado con terminología distinta. Marx veía la forma de aniquilar la lucha de clases, Berlin también. Para uno, sería mediante el trabajo creador y la revolución creadora, para el otro, sería por medio de la realización de la libertad de acción de la sociedad, sin agentes opresores. El modo de producción es lo que determina el carácter general de los procesos de vida social, política, económica y espiritual. Al transformarlo, se modifica la realidad que se vive, y se agencia el cambio histórico necesario. Berlin plantea lo mismo, pero por medio de la transformación de las ideas y de la materialidad, como parte del mismo plano de revolución. Marx lo ve desde la perspectiva de las condiciones de economía, mientras que Berlin lo ve desde la superestructura que reina y subyuga a la mayoría del pueblo.

³⁹ *Ibíd*, p. 98.

No obstante, Marx veía que también las condiciones materiales producían sus propias creencias morales, y formas de vida que sustentaban el modelo bajo el cual vivían, pero el frente desde donde tenía que pelear era el *real*, el *racional*, el *material*. Las condiciones del capitalismo bajo las cuales vivía sólo eran una muestra de cómo había reinado la irracionalidad frente a la racionalidad. Es la falta de entendimiento de la función histórica del capitalismo —la libertad, la igualdad y fraternidad morales, sociales, económicas y políticas— la que lleva a las distorsiones de la vida social por la que verdaderamente pugna el capitalismo. Es decir, que Berlin ve a Marx como luchador de *ideas* por el beneficio material de la sociedad. No sé en qué medida sea ésta una distorsión de la teoría marxista, pero queda claro que rescata las ideas de Marx como el *verdadero* fundamento a partir del cual se puede formular una nueva sociedad, y esto va más allá de lo innegable:

La creencia y el acto son una y la misma cosa; si los actos no expresan por sí mismos las creencias reconocidas, las creencias son mentiras, ideologías, conscientes o inconscientes, que encubren lo opuesto de lo que profesan. La teoría y la práctica son, o han de ser, una y la misma cosa.⁴⁰

Para la transformación del mundo, es necesario primero comprender las condiciones materiales con las cuales uno trata. Mediante la producción de las nuevas condiciones materiales, se producirán *sine qua non* nuevas ideas que la sustenten. Esta producción, a su vez, liberará a la sociedad anteriormente subyugada; pero el destino de Marx va más allá, pues ve esta libertad en términos universales, es decir, una sociedad sin clases que subyuguen a otras clases. La libertad consiste en el equilibrio de fuerzas. Berlin, no obstante sus opiniones adversas de Marx, admite que “esta teoría no tiene paralelos”, y aún más, adopta una gran cantidad de sus preceptos para la construcción de sus teorías futuras.

Como parte de esta teoría sin paralelos, está una obra que terminaría por ser la obra maestra de Marx, según Berlin. En 1848 se publica con el nombre de *Manifiesto del Partido Comunista*. “Los comunistas no forman un partido o una secta, sino que son la vanguardia

⁴⁰ *Ibíd*, p. 133.

consciente del mismo proletariado; no los obsesionan meros fines teóricos, sino que procuran cumplir su destino histórico”.⁴¹ Ahí, Marx expone que si una sociedad quería ser agente del cambio, debía tener las agallas para superar los frenos morales e imponer *la dictadura del proletariado* —tema que por cierto no toca Berlin en esta obra.

Algunos años después, Marx formulaba lo que más tarde sería el compendio de toda su obra: *Das Kapital*. Berlin resume de manera magnánima su tesis central:

[...] consiste en que sólo hay una clase, la suya propia [refiriéndose a los trabajadores], que produce más riqueza que la que consume, y que otros hombres se apropian de este residuo simplemente en virtud de su posición estratégica como únicos poseedores de los medios de producción.⁴²

No es mi intención hacer aquí el resumen de las ideas de *Das Kapital*. Pero sí necesitamos hacer un breve comentario. Pareciera ser que Berlin no pudo entrar en la maraña argumentativa de Marx en *Das Kapital*. El mismo Ignatieff lo señala, pues a pesar de que Berlin se familiarizó como pocos con la teoría del materialismo histórico de Marx, incluido el hegelianismo, un hueco —no muy grande, pero presente— fue la falta de familiarización con la economía política de Marx. El apartado dedicado al análisis de esta obra, comparado con los apartados de análisis de aspectos más filosóficos en la teoría de Marx, es bastante breve. Empero, en este pequeño análisis, para Berlin es evidente que no había obra precedente que hiciera el cometido de reunir tesis las cuales pudieran llevar a la revolución y tuviera el sustento intelectual para que llevaran a la emancipación de la humanidad.

Por medio de Marx había descubierto muchos de los temas a los cuales abocaría su obra. Por un lado, había descubierto a los *filósofos románticos*, a partir de los cuales el propio Berlin toma muchas de las ideas que serán sus tesis fundamentales para la construcción de su tesis de la historia. Pero además, había descubierto el pensamiento ruso y

⁴¹ *Ibíd*, p. 149.

⁴² *Ibíd*, p. 200.

cómo éste había transformado el mundo; él incluido. Es decir, aunque Berlin se dedicara algunos años más a la filosofía, Marx le abrió las puertas al estudio por el cual se decidió ocuparse por casi cincuenta años: la historia de las ideas. Por medio de las tesis marxistas, había descubierto que las ideas son agentes de cambio en la sociedad, y que aplicadas a la materialidad, son igual de importantes en muchos sentidos que las condiciones meramente materiales. Marx, al fin y al cabo, había cautivado a Berlin:

Marx erigió el sistema para refutar la proposición de que las ideas determinan decisivamente el curso de la historia, pero la misma extensión de su influencia sobre los asuntos humanos debilitó la fuerza de sus tesis. Pues al alterar la opinión hasta entonces dominante de la relación del individuo con su contorno y con sus semejantes, alteró palpablemente esa misma relación; y, en consecuencia, constituye la más poderosa de las fuerzas intelectuales que hoy transforman permanentemente los modos en los que los hombres obran y piensan.⁴³

Heredó no sólo la idea de que cualquier reflexión de la época en la que se vive debe ser hecha partiendo de la idea central que toda situación es un resultado de la historia, sino que además, debía criticarse el transcurso de los hechos que habían guiado a la conformación de lo vivido en esa época. Éste es uno de los preceptos básicos a partir de los cuales parte Berlin para la elaboración de *Political Ideas in the Twentieth Century*. La historia de las ideas a partir de la cual parte para hacer este análisis responde a la idea hegeliana y marxista del frente horizontal y vertical de la historia: todo concepto está conformado a partir de una red del presente y una red que se constituye como trascendental en la historia. La historia del pensamiento humano se puede ver como el cambio histórico de estos conceptos que trascienden un frente. Es el análisis de los cambios —pero también de lo que prevalece— del *concepto* de una sociedad a otra, lo que puede llamarse historia de las ideas.

⁴³ *Ibíd*, p. 229.

Las ideas políticas en la historia de las ideas de Isaiah Berlin

Es importante revisar una de las tesis que analiza en “La idea de la libertad” en *IPER*, a manera de introducción a *Political Ideas*. En él, Berlin rastrea la idea de cómo se veía la libertad a partir del siglo XVII con Baruch Spinoza. Pero es interesante ver la conclusión a la cual llega: la idea de la libertad había sido vista a lo largo de los siglos XVII y XVIII como una idea de la libertad que estuviera atenta a la necesidad social de consenso y libertad, por medio de un llamado a las emociones y apelaciones morales. Sin embargo, con Rousseau vino un cambio drástico a esta doctrina, pues Berlin ve que es a partir de él cuando se introduce el concepto de *voluntad* a la libertad. Él todavía creía en una sociedad que pudiera construir la libertad a partir del consenso, pero ahora atadas a las “cadenas del deber”. La transfiguración del sentido original de la concepción de libertad de Rousseau ha llevado a lo que se sostiene por los déspotas ilustrados en adelante:

Los verdaderos herederos de Rousseau son todos los jacobinos y cualquier otra teoría totalitaria que permita que individuos o grupos independientes impongan su voluntad sobre otros, les guste o no, y no lo hagan en nombre de un contrato en el que los otros jugaron una parte consciente, ni por razones utilitarias [...], sino en nombre del yo verdadero de los otros, a los que aseguran liberar (“obligar a ser libre”) mediante la coacción.⁴⁴

Sentado este precepto, cinco años después de terminada la Segunda Guerra Mundial, Berlin trata de ver los cambios y continuidades de las ideas políticas del siglo XIX en el siglo XX, y en ellos plasma sus ideas en torno a la evolución de las ideas políticas de un siglo al otro. Parte del análisis de los dos grandes movimientos políticos de liberación del siglo XIX: el individualismo humanitario y el nacionalismo romántico. Éstos terminarían por constituirse en: Comunismo y Fascismo del siglo pasado.

El liberalismo —en el cual podemos incluir a Rousseau, claramente— fue un movimiento que incluso desde el siglo XVIII se conformó como unívoco, pues pretendía desde sus inicios buscar la solución a todo problema humano mediante la utilización de la

⁴⁴ Berlin, *Las ideas políticas...*, *op. cit.*, p. 164.

razón. Mientras las soluciones vengan del uso de la razón, todo se iría conformando en un mundo en el cual no habría conflictos; la razón no podía generar conflictos entre sí. En el siglo XIX se transformó este pensamiento, pues no sólo sería el uso de la razón el que garantizaría el bien social, sino también la obediencia a las condiciones históricas de la sociedad debían ser respetados. El fin, como ya se vio con Marx, era la libertad del individuo, garantizado por un aparato que respaldara la equidad pugnada por la Revolución Francesa; en el caso de los socialistas, ese aparato sería la revolución, para los liberales, podía llegar a ser el Estado en su faceta *justa*. “But what they had in common —too obviously to be clearly realized— was the belief that their age was ridden with social and political problems which could be solved only by the conscious application of truths upon which all men endowed with adequate mental powers could agree”.⁴⁵

El liberalismo de pronto se vio en la necesidad de luchar por aquél al cual defendía en última instancia: el pueblo. Así, empezaron a buscar la transformación histórica que pudiera asegurar el bien del proletariado y del pueblo en general, pero no necesariamente por medio del consenso y libertad plenas del pueblo. La revolución marxista debía acarrear todo el conjunto de la sociedad y el compromiso de ésta hacia aquélla, sino sería un fracaso. He aquí el peligro del marxismo para Berlin, pues aunque empezara con plena libertad, no había nada que garantizara que no parara en despotismo pleno. Sería en el siglo XVIII cuando plantearía esta doctrina: la idea de que la voluntad del gobernante es la voluntad “real” del pueblo. “De lo anterior se derivan los planteamientos de que el despotismo ilustrado no es despotismo, de que la coacción a través de la razón no es coacción y de que forzar a las personas a obedecer sus mandatos es forzarlas a actuar racionalmente, [...] y, por lo tanto, a hacerlos libres”.⁴⁶

Así, para Berlin, Lenin constituye un quiebre en la forma en la cual se debía pensar la revolución, pues es a partir de él se usa deliberadamente al intelectual como motor de

⁴⁵ Berlin, *Political...*, *op. cit.*, p. 7.

⁴⁶ Berlin, *Las ideas políticas...*, *op. cit.*, p. 144.

convencimiento del proletariado de hacer la tarea por la que éste pugna —un despotismo ilustrado reformado, si se quiere. Más allá de pensar a Lenin como un intelectual de la *praxis* comunista, Berlin lo ve como alguien que a final de cuentas buscaba manipular a las masas para lograr sus fines comunistas.

Por siglos la intelectualidad se había enfocado en reflexionar en torno a problemáticas filosóficas, y en cuanto a lo político, se preguntaba por qué un individuo debía obedecer a otro. Pero en el siglo xx, Berlin ve la desaparición de la *duda*, del cuestionamiento político, como tal. Es decir, ve que la intelectualidad ya no se concentra en torno a la contestación de preguntas —etéreas o no— sino a elaborar nuevas formas de elaborar un “socially useful task”.

The method has the bold simplicity of genius: it secures agreement on matters of political principle by removing the psychological possibility of alternatives, which itself depends, or is held to depend, on the older form of social organization, rendered obsolete by the revolution and the new social order. And this is how Communist and Fascist states —and all other quasi- and semitotalitarian societies and secular and religious creeds— have in fact proceeded in the task of imposing political and ideological conformity.⁴⁷

Para Berlin, por medio de la eliminación de la duda, se crea automáticamente el consenso universal, el cual no sólo disfraza las dificultades internas del sistema, sino que hace desaparecer cualquier intento de reacción en contra del régimen. La meta del liberalismo y el romanticismo de librar a la sociedad entera del sufrimiento, injusticia y crueldad no se daría por medio de la garantización de libertad plena, como habría dicho originalmente, sino mediante la erradicación de la libertad de pensamiento en este mismo fin; es decir, en la erradicación de la crítica. Estos modelos veían por la erradicación del conflicto para garantizar el bien común. Es aquí donde vemos la influencia de Marx y Hegel en Isaiah Berlin. Si no es por medio del conflicto, entonces ¿cómo puede una sociedad decir que progresó en cualquier sentido? Si no hay actividad crítica en una sociedad, entonces no

⁴⁷ *Ibíd*, p. 13.

se puede hablar del paso de un estado histórico a otro, sino que se eliminó la misma noción de historia, pues se buscaba eliminar eso que creaba la marcha de la historia.

Esta tendencia, nos dice Berlin, sólo puede llevar a la desaparición de la *desinterested curiosity*, que en último término es la creadora de las artes y las humanidades; lleva a la desaparición de ésta. Esto, a su vez sólo hará necesaria las soluciones técnicas:

The entire trend of such an order is to reduce all issues to technical problems of lesser or greater complexity, in particular the problem of how to survive, get rid of maladjustments, achieve a condition in which the individual's psychological or economic capacities are harnessed to producing the maximum of unclouded social contentment; and this in its turn depends upon the suppression of whatever in him might raise doubt or assert itself against the single all-embracing, all-clarifying, all-satisfying plan.⁴⁸

Todo esto sólo abre el campo para que el individuo sea ciego a las consecuencias del sistema donde vive y que sea fácilmente manipulable. Es decir, es un sistema construido para hacer desaparecer la libertad esencial de cada individuo, la libertad de acción, sea ésta cual sea. “Una reducción genuina de la libertad [...] era una restricción de la personalidad, una disminución de aquello en el hombre que lo hace hombre: un agente moral, [...] el ser por cuyos derechos vale la pena pelear”.⁴⁹ Así, para Berlin lo que se vivía en 1950 era una época donde las ideas no entraban en discusión entre sí, era más bien una época en la cual se veía a las ideas morir frente al ataque eterno que éstas sufrían. Frente a ello, las soluciones de la sociedad se basaban en métodos puramente científicos, los cuales garantizarían el adecuado manejo de toda situación. Como diría Saint Simon, el gobierno del hombre daría cabida a la administración de cosas. La tarea del gobierno es administrar cosas —la sociedad por ejemplo— de forma a que no quepa en ella la duda en su gobierno. La libertad individual es suprimida bajo el precepto de un gobierno que puede —y debe— encargarse de todo. Para Berlin, nada puede estar más lejos de los preceptos originales del liberalismo. Este orden

⁴⁸ *Ibíd*, p. 15.

⁴⁹ Berlin, *Las ideas políticas...*, *op. cit.*, p. 134.

sólo provocaría la pérdida efectiva de la libertad humana, el hecho más condenable para Berlin.

Sería por medio de este estudio, que empezaría a hacer estudios en torno al origen del pensamiento comunista ruso. En el compendio de *Pensadores Rusos*, Berlin incluye siete artículos que trazan el surgimiento del socialismo y de la influencia del nacionalismo romántico alemán en Rusia. Es decir, estudia los problemas que analiza en *Political Ideas in the Twentieth Century*, desde una perspectiva rusa. Sólo me referiré al estudio referente a *Rusia y 1848*. Como ya se vio en *Karl Marx, 1848* fue un punto de quiebre en la historia del socialismo y de la revuelta en Europa. Pero muchas veces se deja fuera por completo a Rusia, por el hecho de no ver una influencia marcada en este país por la revuelta de 1848. Berlin dedica este artículo a desmentir esta creencia.

La oposición de los liberales y radicales rusos que, después de la severa represión que siguió al levantamiento decembrista, empezaron a cobrar audacia y a hacerse oír a mediados de la década de los treinta y a principios de los cuarentas, se pareció a la guerra de guerrillas contra la Iglesia y la monarquía absoluta dirigida por los enciclopedistas en Francia o por los jefes de la *Aufklärung* alemana,, [sic] mucho más que a las organizaciones de masas y los movimientos populares de la Europa occidental en el siglo XX.⁵⁰

Este movimiento de las décadas de 1930 y 1940 se mantendría aún minúsculo, conformado por la élite intelectual; no había ninguna presencia popular en el movimiento. En realidad, nos dice Berlin, el equivalente a un 1848 de la Europa occidental no se daría sino hasta 1905. La diferencia entre la madurez política de Rusia y la Occidente era notoria. La total ausencia de derechos y libertades en Rusia imbuyeron en el pensamiento ruso la idea de que existía una antítesis entre las instituciones y su patria con las de Occidente. Pero fue justamente esta comparación, lo que fundaría años después el optimismo ruso por el cambio.

⁵⁰ Berlin, "Rusia y 1848", en *Pensadores...*, op. cit., p. 37.

Berlin ve una escisión de la izquierda rusa a partir de la revolución de 1848. A partir de ella, llegarían las ideas occidentales de revolución. Sin embargo, había un ala —dentro de la *intelligentsia* rusa— que pugnaba por una izquierda nacional. Ésta “Había creado y nutrido su propia tradición agraria, tenaz y radical, y constituía un ejército dispuesto a ponerse en marcha”.⁵¹

En frente suyo tenían al zarismo, que en palabras de Berlin, era el equivalente del fascismo en el siglo XX: enemigo de la libertad y la ilustración, y el depositario del oscurantismo y la opresión. “De 1848 a 1855 transcurrió la hora más negra en la noche del oscurantismo ruso del siglo XIX”.⁵² Sólo se dio un caso en donde la conspiración minó verdaderamente al gobierno con el caso Petrashevsky, quien promovió las reuniones de discusión en torno a la situación de Rusia y del socialismo.

Fue justamente esta displicencia zarista por el autoritarismo el que hizo fortalecer la segunda ala que surgió en Rusia. Es decir, las ideas de la izquierda nacional rusa empezaron a ser formuladas respondiendo a las necesidades del campesinado y las necesidades materiales de todo el imperio ruso, para poder verdaderamente contraatacar al zarismo. Lo que Berlin nos deja ver, es cómo a partir de 1848, con la exacerbación de las medidas totalitarias en Rusia, lo único que se impulsó fue la formulación, desde la izquierda radical, de la caída del zarismo. Pero si se sigue la línea de *Political ideas*, se observa lo que lleva a eso, es una nueva forma de represión de las ideas y de la duda. Así, Berlin ve el paso de un totalitarismo monárquico ruso en el siglo XIX a un totalitarismo comunista en el siglo XX.

⁵¹ *Ibíd*, p. 45.

⁵² *Ibíd*, p. 56.

La historia de las ideas de Isaiah Berlin

Una de las preocupaciones fundamentales en Berlin, como hemos visto, es el papel de las ideas políticas en la historia. Pero va más allá, pues su análisis de la filosofía de la política desde Leibniz en *Las ideas políticas en la era romántica* no va sólo en torno a las ideas como tal, sino que tiene una pregunta en mente la cual traslapa a todos los escritos reunidos en diversos volúmenes: ¿cuál era el papel de la duda política en distintas épocas?, y ¿cómo es que la duda política puede llegar a ser parte fundamental del ejercicio de la libertad en cualquier sociedad?⁵³

Si bien en ningún momento el autor define o acota en estos términos sus estudios, creo que podemos ver más allá de las suposiciones obvias declaradas por Berlin en los prefacios e introducciones a sus estudios. En el último compendio publicado de los ensayos de Berlin, *Las ideas políticas en la era romántica (IPER)*, podemos ver más claramente la problemática que subyace a todos los artículos ahí reunidos. Su historia de las ideas se construye a partir de un marco teórico el cual se deja ver en cada uno de sus escritos.

Por un lado, está la reminiscencia de las lecturas que de niño y joven hacía: la literatura rusa. Si bien aún no leía a Turguénev, Herzen, Bakunin y Plejánov a esta edad, sí leía a Tolstoi y Dostoyevski, quienes en su futura madurez intelectual siguen apareciendo en sus escritos. *El Erizo y el Zorro* es un análisis de la literatura de Tolstoi. Pero no debemos olvidar una fase que fue fundamental para Isaiah Berlin, la filosofía clásica del Corpus Christi College. Si bien fue una de las épocas que menos vemos impactada en la vida de Berlin —evidencia de ello es la mención sumamente abreviada en su biografía—, sí fue un momento en el cual armó un marco teórico en torno a un factor que aparece por el resto de su vida: la duda. No encontramos ninguna referencia directa a Platón y Sócrates en Berlin, y pienso que en parte es justamente su intención no caer en el *vicio de los orígenes*, pero está

⁵³ “La libertad es ese orden único y verdadero en que cada alma humana logra su realización completa, y no se puede alcanzar mientras entre los hombres exista miseria, frustración o cualquier forma de opresión o ignorancia, que son formas de no realización, de imperfección”. Berlin, *Las ideas políticas...*, *op. cit.*, p. 116.

claro que el papel de la duda en Platón es un elemento que le dejó una huella intelectual. Es a partir de ella, que surgen sus estudios en torno a la historia como ciencia, además de sus estudios de la historia de la filosofía política, que define como la formulación de la duda hacia la autoridad y el quién debe goberarnos.

Incluso, aunque no exclusivamente, los estudios que hace de Marx y de los pensadores rusos, los hace en torno a cómo éstos implementaron la duda en sus teorías. Sus estudios sobre el papel de la filosofía, son en torno a cómo trazar el origen de los conceptos de una época, pero también de trazar el origen de las consternaciones de esa época. Berlin hace esto por medio del trazo de cómo en esa época se dudaba de ella misma. Es decir, la historia de las ideas de Berlin parte de la idea de que se puede trazar el camino seguido por las ideas a lo largo de la historia, pero no las analiza sólo en tanto ideas, sino en tanto productos sociales de una época en específico. Toma a la historia de las ideas como reproductor de cómo se pensaba en una sociedad:

La teoría política es un aspecto del pensamiento (y en ocasiones del sentimiento) sobre las relaciones que los hombres tienen entre sí y con sus instituciones a partir de propósitos y escalas de valor que ellos mismos alteran como resultado de las circunstancias históricas de tipos variables, e igualmente a partir de nuevos modelos derivados de otros campos de la experiencia, científica, histórica o religiosa, que han lanzado su hechizo sobre la imaginación de los hombres más impresionables y socialmente conscientes de su tiempo, transformando así su visión.⁵⁴

Como ya se dijo, Berlin ve el lado hegeliano de la historia, en el sentido de que son las *ideas puras* las que transforman el Espíritu, pero no obvia la clara contribución de Marx al estudio histórico de no dejar de lado las condiciones materiales. Pero creo que aplica estos preceptos para elaborar una nueva forma de hacer historia de las ideas, pues toma ambas vertientes del pensamiento hegeliano, aplica el empirismo de Hume que tanto lo influenció, y analiza las ideas como creadoras e hijas de una época. Toma a las ideas como hijas de una

⁵⁴ *Ibíd.*, p. 16.

circunstancia histórica, pero también como transformadoras de una época; en tanto ideas *reales* en una época: ideas que tengan una trascendencia real en la historia. Las ideas políticas pueden ser hijas de su contexto, pero éstas llevan a que se construyan otras formas de pensamiento las cuales “favorece la transformación de la visión de sus contemporáneos”.

Así, para Berlin la historia no se constituye a partir del transcurso de un acontecimiento a otro —expone en “El concepto de historia científica” en *Conceptos y Categorías*— sino a partir de las transformaciones que una sociedad sufre en un tiempo determinado, además de las transformaciones ideológicas y concepciones de esa sociedad. Por ello la historia no puede ser considerada una ciencia, pues el mundo “de las ciencias naturales es el mundo del observador externo que se percata tan cuidadosa y desapasionadamente como puede de la copresencia o de la sucesión [...], o del grado de correlación, de las características empíricas”.⁵⁵ Mientras que la historia es un arte en la medida en que observa, desde adentro de la sociedad, a la sociedad misma; no es un agente externo a ella quien lo está observando. Es un arte en la medida en que critica a la sociedad.

La explicación histórica es en gran medida el ordenamiento [tesis también presente en *Political Ideas in the Twentieth Century*] de los hechos descubiertos en configuraciones que nos satisfacen porque coinciden con la vida —con la variedad de la experiencia y la actividad humanas— como la conocemos y podemos imaginarla. Esta es la diferencia que distingue a los estudios humanísticos —*Geisteswissenschaften* [ciencias del espíritu]— de los naturales.⁵⁶

En *IPER*, Berlin remonta la tradición de pensar a la historia como una más de las ciencias naturales, a Leibniz y Descartes. Es a partir de Giambattista Vico que la escisión entre una y otra se haría necesaria, pues mientras las ciencias naturales se dedicaban a elucidar a los cuerpos materiales, la historia es un acto humano que no tiene manera ni método fijo de operar. Posteriormente, Herder aplica la visión de Vico y ve a la historia como análisis de la humanidad en tanto ente diverso, asociativo en forma de naciones, que a

⁵⁵ Berlin, *Conceptos...*, *op. cit.*, p. 217.

⁵⁶ *Ibíd*, p. 223.

su vez tienen un espíritu determinado por su historia. Finalmente sería Hegel quien pondría el último clavo para construir la concepción moderna de la historia. A partir de la idea de que la historia se construye dialécticamente y por medio del conflicto en la sociedad como entidad universal —en tanto sociedad civil— Hegel transformaría la manera de acercarse a los estudios humanos e históricos.

Isaiah Berlin, así, construiría, por medio de Vico, Herder, Hegel y Marx, el aparato teórico a partir del cual analiza la historia de las ideas. Como se ha visto, a partir del análisis de los cambios y continuidades en la historia de las ideas, Berlin construye la historia de la filosofía y teoría política a partir del siglo XVIII. No sólo fue el primero en analizar de esta forma la historia de las ideas —a partir de la *Idea de la historia* de Collingwood— sino que llegaría a conclusiones que critican a su siglo como pocos otros lo han hecho. Entre ellos, está el mismo Eric Hobsbawm. Por ahora, sólo podemos decir que Berlin construye una de las lápidas teóricas en torno a la aniquilación de la libertad en el siglo XX, por medio de la desaparición de la duda y crítica a las instituciones y aparatos gubernamentales de su época. Así, Berlin constituye un lado de la crítica que complementa Hobsbawm, como se verá más adelante. El primero hace la crítica de las ideas y la forma de pensamiento a lo largo de la historia del capitalismo moderno y cómo éste ha llegado a suprimir el aparato que lo criticaba en el siglo XIX: la duda y crítica política. En cuanto al segundo, veremos cuál fue su aporte.

III. ERIC HOBSBAWM

SU VIDA⁵⁷

Hijo de una judía vienesa próspera, Nelly Grün, y un inglés ebanista, Percy Hobsbaum, quienes se enamoran en Alejandría huyendo de la Primera Guerra Mundial, Eric Hobsbawm nacería el 9 de junio de 1917 ante un notario que anota mal tanto su nombre como su fecha de nacimiento. A los dos años de nacido el bebé Hobsbawm, la familia se muda a Viena.

Su posición económica sería ventajosa debido a los ahorros de los padres de Hobsbawm en Alejandría. Sería aquí que Hobsbawm empezaría su transformación académica: “al pasar de la escuela primaria a la secundaria y de la infancia a la pubertad en la Viena de los años veinte, tomé conciencia política con la misma naturalidad con la que empecé a ser consciente de la sexualidad”.⁵⁸ Sin embargo, para el aún pequeño Hobsbawm, la política no sería un tema fundamental. La religión, por su parte, nunca fue algo que le acomodara a Eric. Él mismo se definía como antisionista, si bien también judío. “Los judíos comunistas eran, desde luego, antisionistas por principio”.⁵⁹

Aún teniendo once años, Hobsbawm perdería a su padre por un ataque al corazón. Consecuentemente, la situación económica también decayó de forma estrepitosa. A esto se le sumaría una enfermedad pulmonar mortal de la madre. Afortunadamente, el hermano del difunto padre —quien estaba casado con la hermana de la madre de Eric—, conseguiría un trabajo poco estable pero con sueldo fijo y con probabilidades de mudarse a Berlín trabajando para Universal Films. Eric y su hermana siquiera podían estar tranquilos de tener

⁵⁷ Es importante señalar que ésta es una autobiografía, y que por lo tanto el modo en el que el autor aborda su vida es por medio de experiencias más generales. En la biografía de Isaiah Berlin se siguió una cronología, y hasta cierto punto fue una narración de su vida. Pero en la autobiografía de Hobsbawm, ésta será vista por temas —cronológicamente— que fueron marcando su vida, no tanto por acontecimientos específicos. Además de que el relato de esta autobiografía cesa en 1990 y por lo tanto, el detalle autobiográfico se perderá a partir de esta década. “Las biografías suelen acabar con la muerte del protagonista. Las autobiografías no concluyen de una forma tan natural”. Eric Hobsbawm, *Años interesantes: una vida en el siglo XX*, p. 373.

⁵⁸ *Ibíd*, p. 23.

⁵⁹ *Ibíd*, p. 165.

comida día a día. El primero se quedaría en Viena hasta la muerte de su madre en 1931, mientras el resto de su familia lo esperaba en Berlín, junto con su hermana Nancy.

Murió el doce de julio de 1931. Vinieron a buscarme al campamento. Tras el funeral, fue enterrada un caluroso día estival en la misma tumba en que descansaba mi padre. Yo me iría a Berlín, dejando Viena para no volver. A partir de entonces Nancy y yo íbamos a estar de nuevo juntos; y Sidney, Gretl y su hijo Peter [...] serían nuestra familia.⁶⁰

Habían sido años muy difíciles para Hobsbawm y su hermana, habían perdido a ambos padres y las cicatrices obviamente no se esclarecerían nunca. Pero la sensación de Eric era de indiferencia, su mundo estaba determinado por la lectura y la aventura; queda claro que la época de Berlín empezó a configurar a Hobsbawm de una forma mucho más marcada. Sería en esta ciudad donde empezaría a cimentar sus creencias, su carácter y deseos de qué hacer en la vida.

Llegaría a una de las ciudades más grandes del continente, más cosmopolitas y con más carácter político, éste localizado *hacia la izquierda del centro*. Pero llegaba en una época difícil para el mundo en general, la época cuando la crisis pegaba más fuerte en 1931. Esto llevaría a que la política fuera más álgida en esta época en la que Hobsbawm empezaría a venturarse en lecturas y prácticas políticas.

El Prinz-Heinrichs-Gymnasium, su escuela, le dejaría gratos recuerdos. Fue la época en la que viviría el hecho que marcaría el resto de su vida y trayectoria intelectual: el ascenso al poder de Hitler. Al vivirlo como adolescente comunista, Hobsbawm lo recuerda como un momento que evoca los sentimientos más pasionales de odio. El *Gymnasium* albergaba una biblioteca que fue fundamental para el autor, pues su filia hacia el comunismo empezaría en esta biblioteca: sería ahí donde encontraría y leería por primera vez el *Manifiesto Comunista*. No eran las clases lo que le atraían especial atención; era más bien el entorno, las discusiones, toda la realidad que envolvía a la escuela y sus alumnos, lo que le agradaba. “Los meses de estancia en Berlín hicieron de mí un comunista para toda la vida, o,

⁶⁰ *Ibíd*, p. 44.

como mínimo, un hombre cuya vida perdería su carácter y su significado sin el proyecto político al que se consagró siendo un estudiante”.⁶¹ Hobsbawm hace una caracterización de sí mismo en esa época:

Parece que los seres humanos no le interesaron demasiado, ni individual ni colectivamente; desde luego le interesaban mucho menos que los pájaros. En realidad, parece que permaneció insólitamente alejado de los acontecimientos del mundo. No tenía ningún motivo personal para rechazar el orden social y no sufrió en su propia carne los efectos del antisemitismo característico de Centroeuropa [...]. Las actividades en torno a las cuales gravitaba espontáneamente en una escuela en la que me sentía a todas luces feliz no tenía nada que ver con la política [...].⁶²

Sería en esta época cuando Hobsbawm adquiriera su carácter marxista: ahora no sólo leía sobre la izquierda, sino que empezaría a actuar en ella. Gerhard Wittenberg y Rudolf Leder serían quienes lo invitarían al círculo de la práctica, y fue con el segundo que descubrió la práctica política comunista. Ingresaría a un colectivo comunista que se reunía en la cercanía de su casa, en un *pub* comunista. Las discusiones giraban en torno a la situación política y el siguiente paso político a planear. Seguían tanto las líneas de la Internacional Comunista, como las líneas del KPD (Kommunist Partei Deutschlands, el partido comunista alemán). Su partido les provocaba un compromiso que evitaba su criticismo hacia él. Toda acción dictada por él, debía seguirse al pie de la letra.

La firmeza del partido comunista era su carácter internacional, y con este apoyo el partido organizó una marcha en contra de las reacciones del Partido Nazi. Ésta sería la primera y última marcha de Hobsbawm con el KPD, pues a partir de ésta, las marchas con motivos comunistas eran radicalmente inaceptables. “Después del sexo, la actividad que combina una experiencia corporal y una emoción intensa en grado máximo es la participación en una manifestación de masas en un momento de gran exaltación

⁶¹ *Ibíd*, p. 62.

⁶² *Loc. Cit.*

ciudadana".⁶³ Pero este sentimiento y vehemencia del partido comunista, sería borrado del esquema. Tan sólo cinco días después de esta marcha, Hitler fue nombrado canciller alemán.

Ser comunistas era ilegal; junto con su partido, todo individuo comunista sería llevado a campos de concentración —ahora legales— para la destrucción del comunismo. Todo esto pasaría entre dos meses de 1933: febrero y marzo. Pero afortunadamente para los hermanos Hobsbawm, el traslado del tío Sidney a Barcelona no había sido fructífero y los había contactado para decirles que migrarían a otra ciudad. Así, no sería el antisemitismo de la época la razón por la cual los Hobsbawm debían salir de Berlín, sino las condiciones laborales del tío. Su siguiente parada sería Londres, pero el recuerdo de Berlín no podría ser borrado de la memoria de Hobsbawm; era una ciudad que entrañaba y que había visto una época de verdadera transformación para el joven Eric.

La familia llegaría a la ciudad más grande de Europa, para causarle gran asombro al joven que había vivido en otra de las grandes metrópolis del continente. Para desgracia de todos, la muerte llegaría de nuevo a los Grün, llevándose ahora a la tía Gretl en 1936. Esto provocó la emigración de Peter, Nancy y Sidney a Chile, donde todos fundarían una vida nueva.

Después de Berlín, Londres significaría un cambio con tintes desfavorables para Hobsbawm. No había mucho que lo apasionara de esta ciudad, como lo había hecho Berlín dos años antes. Lo único que recordaría de esa época sería su introducción a la música por parte de un primo, y que a partir de entonces significaría uno de los pilares centrales en la vida de Hobsbawm: el Jazz; tema que también produjo un impacto historiográfico en su recorrido como historiador. Los siguientes años fueron de digerir libro tras libro y de una *intelectualización extrema*.

A pesar de la decepción de no encontrar un comunismo parecido al que había vivido en Berlín, Hobsbawm ve muy en alto la educación que recibió en esa época. Al fin y al

⁶³ *Ibíd*, p. 76.

cabo, elogia a la St. Marylebone Grammar School a tal grado, que dice no pudo haber recibido mejor educación en Londres en la década de 1930. La biblioteca pública a pocos pasos de la escuela fue el tercer hogar de Hobsbawm, y gracias a la escuela iría descubriendo la literatura inglesa y todas las maravillas que en ella habitan. El materialismo histórico empezaría a ser su línea teórica predilecta:

El "materialismo dialéctico" [sic] representaba, si no una "teoría de todo, cuando menos un "marco para todo", que unía la naturaleza orgánica e inorgánica con los asuntos colectivos e individuales del hombre, y que ofrecía una propedéutica a la naturaleza de todas las interacciones en un mundo sometido a cambios constantes.⁶⁴

Hobsbawm da cuenta de cómo estaba preparándose para ser historiador desde aquél entonces. Todas sus interpretaciones y ensayos del marxismo se enfocaban en una interpretación del materialismo histórico marxista. Su marxismo se desarrolló a partir de un esfuerzo por comprender mejor el *mundo de las letras*. Es interesante hacer hincapié en este interés de Hobsbawm, porque si lo analizamos a fondo, podemos ver que este autor, acercándose a los veinte años, tenía un claro interés por la historia intelectual, aunque él no lo supiera ni tuviera la menor idea de este campo de la historia. Su interés giraba en torno al lugar que ocupaban las artes y artistas en su sociedad, y conocer la naturaleza de la misma. Aquí no nos pertenece meternos en la teoría que el joven de dieciocho años elaboraría, pero su interpretación de la historia a partir de los intelectuales y su sociedad, es muy parecida a la del autor del presente ensayo. Con estos conocimientos y todo lo que le otorgaba su escuela, Hobsbawm aplicaría con éxito para obtener la beca completa para estudiar en Cambridge en 1936, a los diecinueve años.

Siendo un universitario, Hobsbawm finalmente entró al Partido Comunista con sus coetáneos que parecen haber constituido todos ellos, la generación más roja de Cambridge. La universidad vivía una de sus mejores épocas desde su fundación y sería una época donde Cambridge se convertiría en *cuasi* sinónimo de logros científicos —que por cierto, fueron de

⁶⁴ *Ibíd*, p. 97.

los más radicales jamás profesados en Cambridge. Fue en esta época, cuando Hobsbawm conocería a uno de los profesores más eminentes de Oxbridge, Isaiah Berlin.

Entrar al King's College era un verdadero privilegio, y Hobsbawm se mantuvo consciente de ello a lo largo de toda su vida; había ingresado a uno de los colegios más prestigiosos del planeta. Sin embargo, al igual que el Corpus Christi College, aún era una universidad sumamente conservadora que no ponía mayor atención en las ciencias sociales. Afortunadamente para Hobsbawm él residía en lo que probablemente era el colegio más liberal de la universidad. "Yo mismo no tuve ninguna dificultad en combinar una buena preparación académica que no permitiera pasar bien los exámenes con una actividad periodística universitaria muy dinámica y la exhaustiva labor en el Club Socialista y en el Partido Comunista".⁶⁵ La academia en Cambridge era algo que se debía aprovechar y por lo tanto, su marxismo debía ser trasladado a su trabajo académico como intelectual. Con las actividades del Partido, le iba quedando más y más claro que no podría ejercer por el resto de su vida labores meramente políticas, lo suyo era una combinación de ambas. El Partido Comunista de Cambridge estaba presidido por los miembros más inteligentes de la intelectualidad estudiantil de la época. Esta organización estudiantil llevó adelante las actividades y se fue distanciando de la universidad como tal, su lealtad estaba con el Partido y la Internacional Comunistas.

Después de la marcha de su tío y hermana a Chile, Hobsbawm sería el único que quedaba en la isla, exceptuando a su familia más lejana con la cual no tenía una relación cercana. Pasaría el verano de ese año en un congreso comunista en París y tan sólo dos semanas después de haber terminado éste, la Segunda Guerra Mundial daría su comienzo. La década de 1930 de Hobsbawm terminarían con un regreso a Londres donde ya no tenía donde quedarse, y con el comienzo de una guerra con la que estaba radicalmente en contra.

⁶⁵ *Ibíd*, p. 110.

Fue el cierre de una década difícil, pero a la vez una de las que más definió la vida futura de Hobsbawm.

Una de las características de su vida y recorrido como intelectual, fue su *ser comunista*. Hobsbawm, al igual que toda su generación se consideraba como lo que Aristóteles denominó el *Zoon Politikón*, el *Animal Político*. Era una época en la cual no serlo era una característica rara. La entrada en el Partido Comunista era la entrada a una *fase superior* —como denominaría el mismo Marx al comunismo— de la izquierda.

El camino de los comunistas decepcionados políticamente por lo general les condujo a otra rama de la izquierda política si aún eran lo bastante jóvenes, o, normalmente a través de distintos estadios, a una militancia anticomunista de corte liberal típica de la Guerra Fría, en la mayoría de los casos.⁶⁶

“El ‘partido de vanguardia’ leninista era una combinación de disciplina, eficiencia en el trabajo, absoluta identificación emocional y un sentido de dedicación *total*”.⁶⁷ El compromiso no podía tener medias tintes si se quería formar parte de un partido que quería *transformar el mundo*. El mismo Hobsbawm diría que hubiera puesto por encima de cualquier cosa —incluso de su pareja— la acción revolucionaria dictada por el Partido.⁶⁸ Además, el comunismo afrontaba condiciones verdaderamente adversas; por lo tanto, toda persona comprometida con él, debía afrontarse a las consecuencias de, muy probablemente, sufrir las consecuencias de serlo. Sus miembros eran fuertes, inteligentes y perseverantes.

La lucha del comunista en esa época estaba casi totalmente enfocada a ir en contra de la Segunda Guerra Mundial. Ésta fue un hecho verdaderamente traumático para el autor; el hecho de estar atento todas las noches a los bombardeos y las sirenas no le dejaba dormir del todo tranquilo. “Pero lo que significó el estallido de la guerra para la mayoría de los

⁶⁶ *Ibíd*, p. 127. Qué mejor ejemplo que nuestro otro autor, que sería figura entre estos liberales, Isaiah Berlin.

⁶⁷ *Ibíd*, p. 130.

⁶⁸ <https://www.youtube.com/watch?v=Nnd2Pu9NNPw>, visto por última vez el 19/05/2015.

varones jóvenes de mi generación fue la suspensión repentina del futuro. [...] Ahora la vida adquiriría tintes de provisionalidad e incluso de improvisación. Sobre todo la mía".⁶⁹

Sería en este contexto de verdadera turbulencia, a principios de 1940, que Hobsbawm sería reclutado a la milicia, en la que pasaría los seis años siguientes. Los primeros años los pasaría con los Ingenieros del Servicio Militar, que retrata como los más interesantes. Sería ésta la primera vez que conviviera realmente con la clase obrera; Hobsbawm, el intelectual, estaría rodeado de la clase obrera y por primera vez sentiría el espíritu tradicional de acción colectiva de los jóvenes obreros. Sus días de zapador fueron unos de aprendizaje directo de lo que muchas teorías marxistas exponían.

A partir de la invasión alemana a Dinamarca y Noruega, cada avance del nazismo era un reto para los Ingenieros y Hobsbawm, pues su tarea era proteger con *obras* —la mayoría de los obreros eran constructores— a Inglaterra de una invasión. El carácter obrero era de pesimismo, pero a la vez de gran entusiasmo al estar protegiendo a su país. La invasión de Francia fue un parte aguas ya que Hitler estaba más cerca que nunca. El temor era natural, todos sabían que si Hitler tenía la iniciativa de avanzar hacia Inglaterra, la invasión hubiera sido casi segura. Afortunadamente, éste no tomó esa iniciativa a pesar de la negativa de Inglaterra de firmar tratados de paz con su país. A pesar de los bombardeos nocturnos de septiembre de 1940 a Londres, el pueblo inglés resistió como pocos.

Todos nosotros, incluso aquellos que no se veían directamente afectados, nos sentíamos identificados con los hombres y mujeres que seguían con su vida cotidiana en medio de los bombardeos. Nosotros no lo hubiéramos dicho en los términos rimbombantes de Churchill ("Éste fue su mejor momento"), pero producía una satisfacción considerable el hecho de resistir solos a Hitler.⁷⁰

A partir de 1941 Hobsbawm sería transferido a otra sección del ejército Army Education Corps (AEC). Más allá de la tarea de tratar de educar a los militares, a Hobsbawm

⁶⁹ *Ibíd*, p. 147.

⁷⁰ *Ibíd*, p. 156.

le parecía una pérdida de tiempo el hecho de estarles enseñando a soldados cosas insignificantes y que no tenía ninguna utilidad para la guerra como tal.

En 1943 se casaría con Muriel Seaman, antigua comunista de la London School of Economics (LSE) y con la que duraría poco tiempo su unión. Su estadía en Londres verdaderamente lo transformó en adulto, no sólo pasaría a hacer investigación sobre la Sociedad Fabiana sino que viviría en una metrópoli con mucha actividad de muchos tipos; esta etapa sería la de su verdadera inclusión a la sociedad inglesa, a sus tan sólo veinticuatro años. Además, sería ésta la época en la que Hobsbawm descubriría —como ya se dijo, gracias a su primo Denis— el jazz y blues, y el medio musical en general.

“Mi vida militar de semilibertad resultaba, por lo tanto, bastante aceptable, aunque no exenta de muchas exigencias”.⁷¹ Hobsbawm, al igual que Berlin, se sentía sumamente decepcionado por su pobre papel en la Guerra: “cada día de esa existencia me recordaba que yo no hacía nada por ganar la guerra, y que nadie pondría a mi alcance ninguna labor, por modesta que fuera, en la que mis capacidades y mi talento pudieran ser útiles, como de hecho eran, para este fin”.⁷² Hobsbawm tendría que arrepentirse de estas palabras tan sólo meses después, pues sería convocado para un contingente del ejército británico que iría a pelear en territorio palestino. La primera vez que Hobsbawm se iba a ver involucrado directamente en la guerra, era una tarea a la cual no estaba dispuesto. Por primera vez “estaba dispuesto a tirar de todos los resortes habidos y por haber”, y logró escaparse de esta tarea. En 1946, regresaría a Londres y la vida de la normalidad.

La Guerra Fría inauguraría otro episodio peculiar en la vida de Hobsbawm. A partir de 1948, “dio comienzo una labor silenciosa, pero integral, destinada a eliminar de todo tipo de posiciones relacionadas con la vida pública británica a los miembros conocidos del Partido”.⁷³ Estas medidas no eran comparables con la campaña estadounidense

⁷¹ *Ibíd*, p. 162.

⁷² *Loc. Cit.*

⁷³ *Ibíd*, p. 167.

anticomunista, pero eran suficientemente fuertes como para tratar a los comunistas como traidores y fomentaba la desconfianza hacia este grupo. Sería bajo estas circunstancias cuando conocería a la misma agente de la BBC que permitiría, más o menos en esos años, a Berlin dictar sus conferencias sobre De Maistre y Rousseau: Anna Kallin. Ella le abriría el mundo de los micrófonos al ahora historiador de treinta años. En ese mismo año, 1947, le sería concedido un puesto en el Birkbeck College —elemento que deja ver que, efectivamente, las limitaciones a los comunistas ingleses no eran para nada parecidos a los estadounidenses.

No perdimos nuestra fe ni nuestra confianza en la superioridad final del socialismo frente al capitalismo, ni nuestra creencia en la capacidad de cambiar el mundo que tenía la disciplina del Partido Comunista, pero nuestra esperanza, o cuando menos la mía, se vería afectada por esa sensación de tragedia inevitable que rodeaba al “ángel de la historia” de Walter Benjamin. Paradójicamente, lo que hizo que para muchos resultara más fácil o incluso posible mantener la antigua fe fue, sobre todo, la cruzada global de anticomunismo que se impuso en Occidente durante la Guerra Fría.⁷⁴

Hobsbawm entraría al Birkbeck College un año antes de que la regulación de entrada de comunistas al colegio subiera monstruosamente; en los siguientes años ni un comunista sería admitido. Efectivamente, fue en este año cuando publicaría su primer libro: *Labour's Turning Point: extracts from contemporary sources*. A pesar de las negativas a muchos puestos, obtuvo la renovación como investigador en el Birkbeck College. Sería gracias a esta renovación que en 1958, le sería encargada por George Weidenfeld una obra de la historia del siglo XIX. Así nacería *La Era de las revoluciones, 1789-1848*, publicado en 1962.

Además, debe recalcarse el hecho de que Hobsbawm pertenecía aún a los Apóstoles de Cambridge, un grupo cerrado de las mentes más brillantes de la época que habían permanecido en esta universidad. Los tiempos difíciles a nivel personal y político para Hobsbawm fueron años de *bonanza intelectual* —si se me permite el término— para el

⁷⁴ *Ibíd*, p. 172.

historiador. El mundo de la historia, la enseñanza y la tutoría fueron impulsos importantes para la intelectualidad de Hobsbawm.

Él sería uno de los historiadores marxistas invitados a la URSS por la Academia Soviética de las Ciencias para sacarla de su aislacionismo intelectual; esta visita lo prepararía intelectual y emocionalmente para un punto de inflexión en todo comunista de principios del siglo pasado: la crisis comunista de 1956. Más allá de la fascinación de visitar por primera vez el país que albergaba la ideología con la cual simpatizaban, los historiadores se vieron defraudados, sobre todo porque vivirían el comienzo de la destrucción del comunismo en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética en 1956; “la Revolución de Octubre generó un movimiento comunista mundial, y el XX Congreso lo destruyó”.⁷⁵ La crítica no sólo venía de dentro de la Unión Soviética, sino naturalmente también de fuera. Entre ellas, se desplegarían panfletos por parte del Partido Comunista inglés, donde participaría Hobsbawm, condenando los actos soviéticos en Hungría.

Los historiadores eran un núcleo especialmente fuerte en el partido británico, debido a este doble compromiso como intelectuales; por un lado tenían las actividades del Partido como tal, pero por el otro tenían las actividades intelectuales comunistas, las cuales repercutían no sólo en su trabajo como historiadores, sino también como el *intelectual orgánico* de Gramsci. Entre ellos se hallaba el eminente E. P. Thompson, que Hobsbawm retrata como uno de los intelectuales más sólidos que jamás haya conocido, colocándolo al nivel de historiadores como Braudel, Labrousse, y muchos otros de los historiadores más importantes del siglo pasado. Tenía una cualidad *de estrella*, lo cual hacía que su presencia en un cuarto fuera inmediatamente notoria. Éste y otros fundarían la “Nueva Izquierda”, con la que eventualmente se verían decepcionados. Sería en este contexto que la revista *Past and Present* se fundara en 1952, con Hobsbawm como uno de sus fundadores.

⁷⁵ *Ibíd*, p. 190

En cualquier caso, las actividades políticas individuales de cualquiera de nosotros ya no importaban. Teníamos la influencia como profesores, como estudiosos, como escritores políticos o, a lo sumo, como “intelectuales públicos”, y por eso [...] nuestra pertenencia a un partido o a una organización era irrelevante.⁷⁶

Hobsbawm se mantendrían en el Partido para intentar mantener la posibilidad de la Revolución Mundial. Había llegado a las filas comunistas con la generación de la Revolución de Octubre, y como tal, su lucha no era en contra del régimen fascista; su lucha era en contra del régimen capitalista.

El comienzo de la década de 1960 fue cuando conocería a su segunda esposa, Marlene, con quien tendría dos hijos algunos años después. Parecía que la edad adulta de Hobsbawm empezaría recién en esta década. Esta “Edad de Oro” que significó la década de 1960 —término que usa él mismo en su *Historia del siglo XX* (1994)— fueron de una buena suerte y buen vivir como pocos años anteriores. Esta *escalera mecánica* de la época —subías sin hacer mayor esfuerzo— llevó a Hobsbawm a subir en todo lo que se refería a su trabajo; desde lo intelectual hasta lo social. Después de la larga pausa que había significado la Segunda Guerra Mundial para su desarrollo intelectual académico, Hobsbawm por fin tendría todo el campo por delante para volverse uno de los historiadores más connotados del siglo XX. Tan sólo en la década de 1960, publicaría *The Age of Revolution* (1962), *Labouring Men: studies in the history of labour* (1964), *Bandits* (1969), y la colaboración con George Rudé, *Captain Swing* (1969); entre otros muchos títulos.

“Para la gente de izquierdas de mediana edad como yo, Mayo del 68 y en realidad toda la década de los sesenta fueron extremadamente bienvenidos y resultaron sumamente complejos”.⁷⁷ No sólo viviría el Mayo de 1968 en París en las cercanías de las manifestaciones, sino que también daría clases en el momento más álgido del momento en

⁷⁶ *Ibíd*, p. 203.

⁷⁷ *Ibíd*, p. 233.

Estados Unidos. Hobsbawm viviría de nuevo el sentimiento de expectación revolucionaria, pero ahora desde el pupitre del maestro, no del estudiante.

Hobsbawm sentiría una cierta lejanía con muchos de los acontecimientos clave de la década. No tuvo una participación en ningún movimiento o protesta en contra de Vietnam, ni del movimiento antinuclear, ni del movimiento estudiantil; su escepticismo era mayor que su rabia. En realidad, esta época fue de una confusión enorme para muchos, no sólo militantes de la izquierda; “tanto marxistas como no marxistas, tanto revolucionarios como reformistas, habíamos creído en último término que el capitalismo no podía crear las condiciones de una buena vida necesarias para la humanidad. No era justo ni viable a largo plazo”.⁷⁸ Hobsbawm estaba, hasta cierto punto, en contra de esta bonanza que se extendió hasta principios de la década de 1970. Lo que era necesario era la crisis del capitalismo, no su apogeo. Sería en esta década que publicaría su *Era del Capital: 1848-1875* (1975).

Hobsbawm vio caer, a lo largo de veinte años, a la izquierda en general, desde su comunismo hasta el laborismo por el cual ahora estaba en lucha, en contra de los *Thatcheristas* y el conservadurismo. Ya en la década de 1980 el comunismo de la URSS estaba dando sus últimos respiros de vida. El final de la década de 1980 fue el final de una época para Hobsbawm, había muerto su pilar político y lo que lo mantenía como intelectual, pero esto no fue motivo para que él dejara de ser comunista. Hobsbawm no relata más allá de esta caída, pero nos deja con una reflexión que nos deja ver lo que pasaba por su mente en la última década del siglo xx.

Los ricos y los Gobiernos a los que han convencido de que son indispensables quizá descubran de nuevo que los pobres necesitan más concesiones que desprecio. Pero, como consecuencia del debilitamiento del edificio de la democracia social y de la desintegración del comunismo, el peligro procede ahora de los enemigos de la razón [...]. Quizás el mundo tenga que

⁷⁸ *Ibíd*, p. 255.

lamentar todavía que, ante la alternativa de socialismo o barbarie proclamada por Rosa Luxemburg, su decisión fue en contra del socialismo.⁷⁹

En la década de 1980 publicaría dos obras que son fundamentales: *La Era del Imperio: 1875-1914* (1987) y *La invención de la tradición* (1983), éste en coautoría con Terence Ranger. Sería hasta 1994 que publicaría la otra obra que se analizará aquí también: *Historia del siglo XX*. Hobsbawm continuaría su producción intelectual hasta pocos meses antes de su muerte el 1 de Octubre de 2012; su última obra, *Fractured Times* (2013), sería póstuma. Como se sabe, su fama de académico fue una fama tardía que vendría cuando tendría casi ochenta años. Era un historiador anciano, marxista y excéntrico que nunca dejaría de producir. Su mente era tan lúcida que le permitía seguir con la producción historiográfica a lo largo de la década de 1990 y 2000. Seguiría dando clases en Cambridge, en la New School en Manhattan —que parecería ser su ciudad preferida en el mundo— y haría viajes a Sudamérica, facilitados por su conocimiento del lenguaje español. Recuerda con especial añoranza esos años —a partir de 1970— que conocería América Latina y México. A diferencia de nuestro primer autor, Francia sería un país al cual viajaría con mucha frecuencia, y al igual que éste, viajaría seguido a Italia, país donde también se comunicaba en su idioma natal y adquiriría una buena cantidad de amistades por medio de sus vínculos intelectuales gramscianos. Ve a Estados Unidos como su segundo país, pues no sólo lo albergó como académico, sino que allí entablaría amistades y vivencias que nunca olvidaría.

Los últimos años de Hobsbawm, pues, se ven como una época donde el pesimismo con respecto al futuro reinara. En su autobiografía no extiende sus relatos de vida más allá de las décadas de 1970 o 1980. Es claro que su pesimismo a partir de la caída del comunismo lo deja sin mayor intención, más que criticar al mundo que se estaba construyendo después de la caída de la *Era de los Extremos* —se habían acabado los *Años Interesantes*. A partir de

⁷⁹ *Ibíd*, p. 259.

la década de 1990, sus publicaciones están destinadas a hacer un análisis del mundo en el que vivía, desde la vista de un historiador que había estudiado la historia del mundo occidental a partir del siglo XVIII. Intentaría rescatar y promover el marxismo, el comunismo y la izquierda en un mundo que cada vez se alejaba más de ellos. No es gratis que en sus últimos años de vida, Hobsbawm no viera ninguna salida plausible a la dirección neoliberal y capitalista que estaba tomando el mundo.

SU OBRA

Hobsbawm cuenta con un trabajo sumamente amplio en lo que se convertiría en su *historia de la sociedad*. Al igual que en el caso de Berlin, me limitaré a hacer un análisis de las ideas principales en sus obras. Para ello me he remitido a lo que quizá sea el compendio de todo su trabajo, aunque él nunca lo haya definido como tal; me refiero a las tres *Eras*: *La Era de la Revolución: 1789-1848*;⁸⁰ *La Era del Capital: 1848-1875*;⁸¹ y *La Era del Imperialismo: 1875-1914*,⁸² además de su continuación conocida en español como la *Historia del Siglo XX*.⁸³

Hobsbawm puede ser considerado uno de los pilares fundamentales para la construcción de la historia social en el siglo XX. Junto con otros académicos fue de los primeros en incursionar en este ámbito de la historia, que si bien ya estaba puesto sobre la mesa de discusión todavía faltaba mucho por detallar qué era. La historia de la sociedad se construiría, pues, a partir de un esfuerzo por unir la historia económica imperante en su época con la historia social —un tanto aislada— y las problemáticas de la sociedad. “De ahí que la historia de la sociedad sea una colaboración entre los modelos generales de la

⁸⁰ Eric Hobsbawm, *The Age of Revolution: 1789-1848*, Nueva York, Vintage Books, 1996.

⁸¹ *Ibidem*, *La era del capital: 1848-1875*, Buenos Aires, Crítica, 2010.

⁸² *Ibidem*, *The Age of Empire: 1875-1914*, Nueva York, Vintage Books, 1989.

⁸³ *Ibidem*, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 2010.

estructura y del cambio sociales, y el conjunto de fenómenos específicos que de hecho ocurrieron”.⁸⁴ Fue un intento por expandir el campo de la historia y aprovechar los vínculos que ésta puede tener con otras ciencias sociales, y lograr constituir una historia que abarque a la totalidad de la historia de la sociedad de la que se hable. El resultado de ello en el caso de Hobsbawm es la escritura de las *Eras*.

Para abordar dicha obra, haré un breve análisis de las ideas principales a partir de temas que son los centrales: La sociedad y la economía, Las revoluciones y las guerras, y el mundo de las ideas. Dichos análisis se harán en la medida en que el análisis tendrá como conclusión del apartado la *Historia del siglo xx*, donde veré los resultados de la evolución de los problemas que señalamos en el *largo siglo xix*, en el *corto siglo xx*.

El *largo siglo xix*

Para Hobsbawm ya no es válido, necesariamente, que el paso de un siglo a otro sea de 1799 a 1800. Para la elaboración de su obra, recurre a una concepción de los siglos a partir de los cambios que verdaderamente podemos ver en un proceso de años, que dé paso a otro proceso que dure otra cantidad de años. Así, elabora —esto lo deja sobre claro sobre todo en la *Era de la Revolución*— la idea de que el siglo xviii termina once años antes de que termine el siglo como se ve de manera convencional. Es decir, en 1789 empieza un siglo que será mucho más largo que un siglo concebido a partir del *statu quo*. Aunque en el título de la obra, acote el comienzo a 1789, ya en el contenido de la obra señala que es a partir de la *revolución dual* —elemento que aclararé en el apartado correspondiente— que podemos decir que da comienzo el siglo xix.

Este *largo siglo xix*, así como no comienza con el año 1800, tampoco se cierra el 31 de diciembre de 1900. Lo cierra el proceso que analizaremos: el proceso de la construcción y definición del capitalismo en el mundo occidental, y cómo éste actuó sobre el mundo en

⁸⁴ Hobsbawm, “De la historia social a la historia de la sociedad”, en Eric Hobsbawm, *Marxismo e historia social*, México, Editorial Somos, 1983, p. 31.

general. Es decir, se cierra cuando comienza en 1914 la Primera Guerra Mundial. Veremos el por qué más adelante. Cuando se hable, por tanto, del siglo XIX desde la visión de Hobsbawm, se deberá tomar en cuenta que es esto lo que lo define.

Historia de la sociedad del largo siglo XIX

Al empezar el siglo XIX, la clase social y el espacio más abundantes, eran el agricultor y el campo. Sin embargo, por primera vez en la historia, se empezaría a abandonar colectivamente tanto la primera, como la segunda. A partir de la Revolución Industrial inglesa, la multiplicación demográfica, productiva y el crecimiento urbano sería la constante. Sin embargo, la economía que crearían estos cambios traerán grandes descontentos sociales.

Para estos cambios, es fundamental entender la idea de Hobsbawm de la “revolución dual”. En términos sociales y económicos, sería el comienzo del capitalismo. Es en torno de la Revolución Francesa y la Revolución Industrial, que todo el período a analizar se define. Es decir, la Revolución Francesa como motor sobre todo ideológico del liberalismo burgués —capitalista, agregaría—, fundamento de la emancipación del Antiguo Régimen y paso al capitalismo. La Revolución Industrial sería el sustento económico y social a partir del cual surge la ampliación del capitalismo. Para Hobsbawm, pues, la *Era de la Revolución* gira básicamente en torno a Inglaterra y Francia; y los cambios efectuados por las transformaciones en estos dos países en esta era, serían síntoma de lo que habría de pasarle al mundo entero para el tercer cuarto del siglo XIX, la *Era del capital*, en adelante.

La economía empezaba a cambiar el paradigma a partir del cual se manejaba la sociedad. A partir de principios del siglo XIX, lo esencial empezaría a ser la producción en gran escala, el abandono de la sociedad agrícola, aunque no de la producción agrícola; el sustento del nuevo espacio social que se forma en el siglo XIX: la ciudad. Sin embargo, la evolución de esta nueva industria sólo se daría en Gran Bretaña, a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. Si bien podemos hablar de una tendencia a la industrialización, no

podemos hablar de una industrialización fuera del país de la Revolución Industrial. Así, fuera de la isla británica, se dieron procesos a partir de los cuales podemos hablar, a partir del tercer cuarto del siglo XIX, de una revolución industrial en el resto del continente europeo —salvo algunas excepciones—. El único país que dependía de la industria y su aplicación efectiva era Gran Bretaña, el resto del mundo aún dependía de los ritmos agrícolas de antaño. Así, Hobsbawm piensa a la crisis de 1846-1848 como la última y más fuerte crisis del Antiguo Régimen.

Pero había empezado un proceso innegable. La tierra se fue privatizando y parcelando, es decir; convirtiéndola en una mercancía capaz de producir más mercancías que pudieran entrar al esquema comercial. Sin embargo, esto no se podía lograr si todavía existía la sociedad tradicional agrícola. El cambio fundamental fue que la entrada de la tierra a la lógica comercial rompía con la tradición construida por siglos. Esto llevó a que el campesinado se viera en medio de un cambio social que los desestabilizaba.

Aunado al cambio fundamental de la tenencia de la tierra, estaban la revolución demográfica, de comunicaciones y comercio. Uno de los resultados, sería la división de la sociedad, la economía y el mundo en general en dos: aquellos que lograron aprehender la Revolución Industrial y aquellos que no lo lograron, que resultó en una de las consecuencias más trascendentales de la economía capitalista, como veremos en el apartado final, con el llamado *Tercer Mundo*. “The masses of new proletarians had to be broken into the industrial rhythm of labour by the most draconic labour discipline, or left to rot if they would not accept it”.⁸⁵ Así, se daba por inaugurada la época de competencia laboral; *the career open to talent* como la llamaría Hobsbawm.

La educación ahora sería un nuevo parámetro para la clase laboral; ahora, éste sería el medio para alcanzar los objetivos. Las posibilidades habían sido abiertas, pero en realidad el resultado fue abrirlas retórica, mas no prácticamente. Es decir, si tenías educación y ciertas

⁸⁵ *Ibíd*, p. 188.

cualidades, eras bienvenido en este nuevo mundo; la realidad es que muy pocos podían alcanzar dicho fin. El sistema estaba transformando a la sociedad en una individualista y utilitaria, en donde Hobsbawm ve que las únicas posibilidades eran convertirse en burgués, ser aplastado como proletario o convertirse en rebelde.

Es interesante ver cómo Hobsbawm ve, en las primeras dos décadas del siglo XIX, el surgimiento no sólo de una clase, sino de la identificación de ésta a partir de las condiciones históricas, que a su vez pudo producir su ideología en un futuro. Es decir, que con el surgimiento de la *clase* como tal, surge la posibilidad de conglomeración de una parte de la sociedad y la organización de la misma. Esto, claro está, también lo veían los burgueses empresarios; a fin de cuentas, serían ellos los que organizarían esa clase para el incremento en la producción para su beneficio. Lo que no sabían era que esto también les otorgaba el medio para la identificación *en contra* de ellos. Y, por primera vez, esta identificación —y posterior organización— sería moderadamente secular.⁸⁶

No obstante, a pesar de los grandes letargos que sufría la clase proletaria, Hobsbawm no puede negar el hecho de que la época —materialmente— estaba mucho más adelantada de lo que había estado cualquier otra en la historia. Para las últimas dos décadas de la *Era de la revolución*, las condiciones habían empezado a cambiar en gran medida por la presión revolucionaria —*ergo* su nombre. La economía y política del mundo estaban siendo manejadas por Gran Bretaña: “Never since then has any single power succeeded in re-establishing a comparable hegemony, nor indeed is any one likely to in the foreseeable future; for no power has since been able to claim the exclusive status of ‘workshop of the world’.”⁸⁷ La fuerza desencadenada en la primera mitad del siglo XIX revelaría una nueva sociedad y economía: cada vez más urbana, proletaria, basada en la circulación *Dinero-Mercancía-Dinero* y con la centralización de la plusvalía en manos del capitalista.

⁸⁶ “Quantity must still make us give pride of place in the world of 1789-1848 to religious ideology; quality to secular”, en *Ibíd*, p. 234.

⁸⁷ *Ibíd*, p. 303.

Hobsbawm nos habla de la crisis de la década de 1840 como la crisis del sistema social viejo, y el sistema social nuevo. Es decir, ve la caída definitiva del *Antiguo Régimen*, pero a la vez, la primera crisis capitalista en el mundo que no terminó por hundirlo, sino por fortalecerlo en tal medida que la época que sigue a la Revolución de 1848, es la *Era del Capital*. A partir de entonces, los “pocos obstáculos que permanecieran en el camino del claro desarrollo de la empresa privada serían barridos”.⁸⁸

Este desarrollo capitalista, que Hobsbawm ve gracias a la combinación de un capital barato y el rápido aumento de precios —y la creciente oferta y demanda, agregaría—, se extendería casi constantemente a lo largo de aproximadamente tres décadas. Esta triple combinación sería coadyuvada por lo que quizá el autor ve como el principal factor de crecimiento: el ferrocarril y la expansión geográfica del capitalismo, en buena medida, gracias a este transporte. La tecnología industrial abarataría el producto, y el ferrocarril lo llevaba a todo lugar inimaginable antes de esta época: se creaban mercados de la nada. El libre mercado tenía todos los medios para crecer *libremente*. Hobsbawm ve en esta época, la primera en la que se puede hablar de una *historia del mundo*, un mundo por primera vez interconectado.

Sin embargo, al igual que cuando se empezó a transformar a la sociedad en una proletaria y capitalista, su transformación en una sociedad mundial interconectada, llevaría a la sociedad mundial a una división. Una vez más; los que podían asimilar el capitalismo y formarse como potencias, y aquellos que no. Las ambiciones de la *Era de la revolución* entre capitalistas y obrero, ahora se multiplicaba en las ambiciones de naciones enteras, unas *capitalizantes*, y otras *capitalizadas*. Esta nueva dialéctica histórica traía una nueva carta al juego: el nacionalismo.

Hobsbawm pone mucha atención a esta carta, que será fundamental de esta época en adelante. La construcción de la *nación* era justo eso: una construcción. No obedecía a

⁸⁸ Hobsbawm, *La era del capital...*, *op. cit.*, p. 13.

tradiciones —aunque las rescatara— o a la historia como tal, sino a un intento de utilizarlas para unir a poblaciones enteras. Esto no sólo causaría la unión de todo un pueblo bajo un estandarte común, sino también polarización entre distintos pueblos y naciones. Parece evidente que toda carta con la que jugaba el capitalismo que nos describe Hobsbawm abogaba por una cosa, pero los resultados parecían tener una variable inmersa que perjudicaba a una gran parte de la sociedad o población la cual estuviera involucrada en esta nueva sociedad. No obstante, no debemos tergiversar un hecho fundamental: el nacionalismo serían movimientos cada vez más de masas, dirigidos en gran medida por la burguesía, pero que a la vez provocaban *efectivamente* la unión de naciones enteras. Por primera vez, las masas eran parte la política de las naciones. Hobsbawm plantea algo que es de sumo interés:

Por su lado, los burgueses confiaban en sus riquezas, en su carácter de indispensables y en el histórico destino que hicieron de ellos y de sus ideas los fundamentos de los estados “modernos” en este período. Sin embargo, lo que realmente les convirtió en fuerza dentro de los sistemas políticos fue la habilidad que tuvieron para movilizar el apoyo de los no burgueses que contaban con el número y por tanto con votos.⁸⁹

Es decir, Hobsbawm no sólo ve que el nacionalismo es una co-creación de la democracia, sino que es una especie de demagogia —si bien las masas como tal aún no tenían el derecho al voto como lo concebimos hoy día— por medio de la cual pudieron sustentar el voto que los sustentara como clase política. Sin embargo, el obrero, sustento de esta *cuasi* demagogia, se vería frenado por la misma clase que los utilizaba, pues a unos pocos años de la revolución de 1848, quedaba claro que el poder de la masa obrera estaba resucitando. ¿Acaso cabe duda de la tesis planteada por Marx de la existencia de una lucha de clases?

La *lucha de clases* en esta época se daría, además, a nivel de naciones; claramente los “ganadores” —como el mismo Hobsbawm los llamaría— serían las metrópolis europeas

⁸⁹ *Ibíd*, p. 114.

capitalistas que les impondrían su modelo capitalista al mundo subdesarrollado, o los “perdedores”. No es un misterio que los movimientos migratorios masivos empezaran a darse en esta época de la llamada “periferia” a la “metrópoli” o “centro”. Dentro de las metrópolis —siendo Estados Unidos la más nueva— se construiría otra gravitación económica: los magnates. Hobsbawm ve en esta época el surgimiento de esta clase monopolista en la sociedad capitalista.

Incluso la tierra entraría a la lógica capitalista: ya no era una actividad de agricultura, sino agrícola. El nuevo “uso capitalista” de la economía material es un elemento fundamental en el pensamiento de Hobsbawm, pues es a partir de éste, que la clase burguesa va moldeando el sistema económico para explotarlo, y por ende a la sociedad también, lo más que pudiera.

El campesinado, pues, era una clase fundamental para el capitalismo. Sin embargo, la clase con creciente importancia sería la urbana, el proletariado. Ésta sería el foco para el crecimiento del capitalismo. La realidad urbana le daría los medios para construir la conciencia común que se venía gestando desde hacía décadas. El obrero capaz e inteligente era parte fundamental de esta autodefensa obrera colectiva; este obrero construiría, a partir de la *asociación*, los nuevos movimientos obreros organizados. La representación política estaba a tan sólo unos pasos.

El burgués, en cambio, se caracterizaba cada vez más por ser el propietario del capital, y por tanto el líder del sistema capitalista. Hobsbawm los ve como un *grupo de personas* con poder e influencia *individual* que tenía cada burgués como tal. El *progreso* capitalista de este grupo de personas no se daba por otro medio mas que por la unión de individuos poderosos que tenían la capacidad para auxiliarse el uno al otro. “Esto se basaba en presupuestos, creencias y formas de actuar comunes”.⁹⁰ Fue la *Era* donde se creó la conciencia de clase, y por tanto de acción de clase; haya sido proletaria o burguesa.

⁹⁰ *Ibíd*, p. 254.

Hobsbawm construye la idea de la *Era del imperio* como la primera que pone a los ejércitos —compuestos en su gran mayoría por civiles—, la economía y la política en una posición de ataque, de conquista. Pero todo esto, a partir de la *idea* del capitalismo. El crecimiento a este grado permitiría establecer una red de “transacciones económicas, comunicaciones y el movimiento de bienes, dinero y gente” a nivel global, y a merced del imperio del capital. Esto, nos dice Hobsbawm, originó el colonialismo; la mayoría de los países del mundo de finales del siglo XIX ahora funcionaban como exportadores de un par de productos que beneficiaban al mercado mundial.

No obstante esta casi inevitable tendencia imperialista, se irían cimentando los sistemas democráticos en el mundo. El principal protagonista, serían las masas trabajadoras. La burguesía debía responder a las exigencias, pues estaba claro que éstas tenían mucho poder: de ahí las reformas sociales y programas de beneficencia; era algo con lo cual tenían que lidiar para poder seguir el camino ininterrumpido del progreso. Era la *invención de la tradición* aunado al uso del mercado y el entretenimiento de masas, para poder contrarrestar el disgusto de las masas. ¿La *invención de la tradición* era lo mismo que la *eliminación de la duda política*? Lo abordaremos en el capítulo próximo.

Sin embargo, Hobsbawm ve que el evidente *odio* de casi todas las clases sociales —ahora también respaldadas por las mujeres— hacia la burguesía, hizo que ésta haya optado por ocultarse del ojo público como clase. La exclusividad detrás de las clases burguesas era algo que causaba envidia —pues, nos dice Hobsbawm, todos querían llegar a formar parte de esta clase— ante la sociedad, pero que a la vez causaba grandes problemas para sí. Después de todo, era una clase que había creado un sistema que había puesto a una gran parte de la sociedad en constante jaque y por tanto en contra de ella.

Así, la sociedad del siglo XIX había pasado de una sociedad de Antiguo Régimen a una completamente capitalista. Las transformaciones sociales y económicas de este siglo fueron enormes, en tal medida que éste bien puede constituir el *siglo de los cambios* y de las

revoluciones en el sentido amplio de la palabra. “Utopia through progress was in fundamental ways built into the century”.⁹¹ La sociedad y economía capitalista habían logrado y rebasado lo que se habían puesto como meta. Hobsbawm nos dice que esta sociedad, en su búsqueda por ser la *sociedad perfecta*, había logrado serla en el sentido de que había abierto como ninguna otra sociedad del pasado toda posibilidad —desconocida— para el hombre. La utopía en la sociedad capitalista era un horizonte inalcanzable; siempre que se creía haber llegado, habían más posibilidades por conquistar.

La ideología

La ideología en el sistema capitalista del siglo XIX no puede ser vista ni unívocamente, ni como *una* ideología. Hobsbawm no sólo nos deja ver que es una época en la cual las ideologías fueron un motor para el cambio social, sino que fueron el fundamento de diferentes clases sociales para sus acciones, hayan sido revolucionarias o contrarrevolucionarias. Al igual que la sociedad misma, la ideología sería hija de la *revolución dual*, pues sería a partir de cada una, que se originaría el cimiento para el establecimiento del ideario de la sociedad capitalista.

El pensamiento liberal sería una lápida inamovible. Éste basado sobre todo en el pensamiento de Locke y Rousseau; es decir, la filosofía por excelencia individualista y que creía que cada individuo podía hacer lo máximo para sacarle todo el jugo al sistema. Se tenía una confianza irrefrenable en el nuevo sistema económico, pues el “natural state of man undoubtedly fitted the special situation of the market much better than the situation of humanity in general”.⁹² El progreso en este sistema, por tanto, era natural. La única barrera que se le ponía al progreso económico era el pasado —las masas—. El liberalismo político, sin embargo, tenía un gran problema, pues liberalismo y democracia parecían ser

⁹¹ *Ibíd*, p. 339.

⁹² Hobsbawm, *The Age of Revolution...*, *op. cit.*, p. 237.

antagónicos, y los principios de libertad, igualdad y fraternidad, una contradicción más allá de una combinación. Es decir, Hobsbawm ve en el liberalismo una contradicción entre teoría y práctica.

En esta pérdida de la inercia original del liberalismo, aparecería una ideología que se le opondría: el socialismo. Al igual que aquél, tenía su fundamento en la razón, la ciencia y progreso. Más allá de su pensamiento *social*, Hobsbawm resalta aún más su insistencia en el pensamiento *histórico*, pues no fue hasta que Marx transfirió este argumento de la inevitabilidad histórica al socialismo, que el socialismo “acquired its most formidable intellectual weapon”. Pero así como veía al socialismo como un parangón en la historia, también lo hacía para el capitalismo, y en ello Hobsbawm ve relucir el genio del pensador decimonónico: hablar del capitalismo en un sentido histórico y ver sus contradicciones, pero también sus logros. Así como el capitalismo había podido ser erigido por medio de la clase burguesa dominante en su momento, el socialismo podía erigirse por el proletariado, la nueva clase dominante.

Rousseau, pensador al que Hobsbawm parece mostrar no mucho más allá de desprecio, sería otro de los pensadores claves a la época. En su eterno vaivén entre el individualismo y la comunidad dentro del mismo; la idea del estado basado en la razón, y ésta como contrincante del sentimiento, Hobsbawm ve la falta de afiliación al liberalismo o al socialismo. Ve su influencia en la pequeña burguesía, creedores en la democracia, el nacionalismo, y la distribución equitativa de la propiedad en pequeñas comunidades; pero niega en toda instancia que haya sido una influencia al totalitarismo de la izquierda, como lo hace nuestro otro autor. A él, se agregan los dos pensadores alemanes clásicos por excelencia: Kant y Hegel. En torno al segundo, Hobsbawm ve su idea de progreso en Marx como la idea central por la cual posteriormente abandonó sus filosofías; Marx estaba progresando sus filosofías.

Hobsbawm ve al nacionalismo esencialmente como una construcción, una *invención*. Uno de los instrumentos para esa construcción era la educación. Por un lado, unía a toda una nación por un mecanismo de aprendizaje, pero también provocaba la ruptura de la *creación* de este aprendizaje, frente a aquellos que no aprendían en absoluto, o que aprendían otras cosas. Es decir, frente a las masas iletradas y a la gente de otras naciones.

A lado del nacionalismo, surgiría la democracia. “Ambos fueron lo mismo, por cuanto los movimientos nacionalistas de este período [1848-1875] se convirtieron en movimientos de masas, y en este sentido ciertamente casi todos los dirigentes nacionalistas radicales supusieron que los dos eran idénticos”.⁹³ Ambos, asimismo, tenían por primera vez una trascendencia política. El problema, a partir de la década de 1860, sería cómo la burguesía lograría lidiar en su contradicción inherente, a las masas. La respuesta ya se adelantó: la demagogia. Es evidente por qué Hobsbawm ve una contradicción intrínseca en los ideales liberales, y en la práctica liberal-burguesa; la justicia no parecía estar remotamente cerca de aparecer en la superficie de la realidad política. La única forma en la que la “democracia” se instauraría, sería por medio del miedo al surgimiento político *real* de las masas.

La lucha ideológica se daría en este terreno. La política de masas empezaba a ser un meollo de la discusión en torno al capitalismo, y el socialismo quiso aprovecharse de ello. Uno de los terrenos más fértiles para esa discusión, como vio Marx en su época y lo retoma Hobsbawm, era Rusia. Sería en este tercer cuarto de siglo que empezarían a darse las discusiones más álgidas en torno al futuro del imperio ruso, y efectivamente fue en esta época cuando empezaron a fructificar las ideas de la *intelligentsia* rusa. Ésta fue “la mayor innovación de la década de 1860”, la creación de un movimiento revolucionario en el imperio que había sido más inmune a la revolución de 1848. La radicalidad de la *intelligentsia*, el populismo y —vemos que Marx tenía cierta razón— el progreso del capitalismo en Rusia causarían la creación de una rebelión que fue creciendo con el paso de

⁹³ *Ibíd*, p. 109.

los años. El socialismo había echado su raíz en el imperio ruso y a partir de ello, empezaría a consolidar ideológicamente el primer régimen socialista en el mundo. A lado de la Comuna de París de 1871 —hecho que Hobsbawm ve en términos de su simbolismo, más allá de su impacto como hecho— sería la razón por la cual los gobiernos ahora temían por la revolución *proletaria* y ya no la revolución social en general.

A pesar de este avance de las masas en el terreno de la política, el avance de la ideología burguesa también había logrado una gran cantidad de cosas. Uno de los escalones más sólidos de ese avance lo constituía la ciencia. Los descubrimientos y las teorías iban conquistando el conocimiento en cada rincón con el que se topaban; el avance científico fue tal que logró permear a la vida diaria del mundo capitalista. Las ciencias sociales, en cambio, no ofrecerían ningún motor o cambio sustancial al modelo liberal burgués. Pero se estaban haciendo preguntas fundamentales; una de ellas era sobre la naturaleza del racismo. La antropología, por tanto, trataba la solución al problema de la diferenciación de la raza humana y ver los mecanismos por medio de los cuales podía justificarse la supremacía de una sobre otra. En ambos casos, Hobsbawm veía una confianza en sí mismas que sería en cierto modo justificado, pues habían logrado una gran cantidad de cosas, pero por el otro esta confianza podía llegar a ser dañina. Le daba las herramientas para auto afirmarse a la burguesía capitalista, después de todo.

Para la década de 1870, Hobsbawm ve la caída del liberalismo, pues a partir del resurgimiento tras la Gran Depresión, la ideología imperante sería el imperialismo capitalista, que ante todo veía por la eliminación de lo que había de *libre* en el capitalismo. A lado del socialismo, surgía una nueva ideología capitalista de control total —en todo sentido— y las ideologías de derecha en naciones pangermánicas. La *Era del imperio* traería consigo el comienzo de un capitalismo mucho más determinado y fuerte de lo que jamás había sido.

Hobsbawm utiliza el nombre de imperialismo para esta época en dos sentidos: el primero y más trivial era el hecho de que, efectivamente, era una época en donde servir a un *imperio* era común, y el segundo, menos trivial, era el hecho de que había surgido un nuevo tipo de imperio: las *colonias del capitalismo*. El imperialismo en esta época pues, era el resultado de la construcción a lo largo de casi un siglo del capitalismo a nivel mundial —si bien a partir de los países de la *revolución dual*— y por tanto, crearía un nuevo tipo de capitalismo en muchos sentidos.

El primero de ellos, sería la expansión de la democracia, que a partir de 1880 sería resultado del crecimiento demográfico y cualitativo de un movimiento sobre todo: el socialismo. Éste sería el único movimiento de masas que tendría resultados directamente políticos, pues el nacionalismo de esta época aún era de un carácter difuso en cuanto a sus metas. No obstante, sería en esta época en donde surgiría por primera vez su ímpetu político y enormemente social. Ello habla de una multiplicación de movimientos democráticos a partir de la construcción ideológica de los mismos. Al ser movimientos en favor de la democracia tenían la idea nacional, y de la sociedad en general, inculcada. Esto llevó, asimismo, a su expansión a nivel global: por primera vez había un elemento común —el nacionalismo— que podía unificar a cada nación, haya sido de cualquier naturaleza u origen. Hobsbawm los ve como el surgimiento ideológico de la defensa de unos frente a otros en la pelea que inauguraría el imperialismo capitalista.

Otro elemento fundamental sería la *invención de la tradición* que surge en esta época. Era una forma de evocar las emociones de las masas por ciertos elementos en común, pero también una forma de dirigirlos hacia la justificación de lo que su nación estaba logrando; el imperio que estaban construyendo. Trataban de justificar las acciones que estaban llevando a cabo, y así poder tener el apoyo de las masas en las circunstancias que presentara este nuevo imperialismo. A Hobsbawm le queda claro que “Manipulation in the crudest sense was still

easy".⁹⁴ Y, siguiendo a Lenin, ve en la democracia el mejor caparazón para el capitalismo; una vez asegurado éste, "no change, either of persons, of institutions, or of parties in the bourgeois-democratic republic, can shake it".

Sin embargo, sería en esta época que el socialismo tendría su mayor fervor. El elemento crucial en este movimiento eran las condiciones reales del trabajador, frente a las condiciones que se prometían. Ahora más que nunca, había una organización que podía llevarlo a la acción. En parte, esto se derivaba de la unión que les daban los movimientos nacionalistas. Pero, sobre todo, seguían la bandera roja izada por Karl Marx, ¿por qué él? Hobsbawm nos da tres razones: en el sistema en el que vivían no habían razones para creer que habría una mejora en las condiciones de explotación en las cuales la mayoría vivía; el capitalismo no parecía, en ningún momento, querer soltar el poder y por tanto, cualquier movimiento tendría que hacer una verdadera lucha por quitarle ese poder; y ese futuro, solamente podría ser llevado a cabo por el proletariado. El movimiento obrero y socialista era la continuación de la tradición revolucionaria que había sido llevada a cabo a lo largo del siglo XIX.

El nacionalismo, asimismo, tendría su época de mayor fervor en la *Era del imperio*. La confrontación de economías y políticas de los distintos imperios serían tales en la medida en que se enfrentaban como estados-nación. El patriotismo, el nacionalismo lingüístico y la creación de una nueva comunidad serían los elementos por medio de los cuales podría lograr una unión de todo un pueblo; y en la medida de lo posible, sería tan fuerte como para consolidar el nacionalismo dentro de esa nación. "The nation' was the new civic religion of states".⁹⁵ Dicha religión, sin embargo, también tendría sus elementos segregacionistas: el último par de décadas del siglo XIX veía surgir la xenofobia, y rechazo a las "otras" naciones, es decir al extranjero. Junto al patriotismo, la tendencia ideológica del nacionalismo era hacia la derecha.

⁹⁴ Hobsbawm, *The Age of Empire...*, *op. cit.*, p. 86.

⁹⁵ *Ibid*, p. 149.

La educación había empezado a ser fundamental en la construcción de las ideologías nacionales, y por primera vez en la historia empezaría a difundirse entre las masas. Hobsbawm ve en ello el fundamento —burgués— para la expansión de la educación, sobre todo la primaria. Si la nación era la nueva religión cívica en la *Era del imperio*, su iglesia era el salón de clases. Entre otras cosas, cimentaba efectivamente la creencia de la necesidad de la razón, progreso y ciencia en la sociedad.

Ideológicamente, pues, vemos a la sociedad de finales del largo siglo XIX no sólo adaptándose a las condiciones que el capitalismo tenía para ella, sino también criticándolas. La construcción del nacionalismo y del ideario del imperialismo capitalista serían opuestas por el socialismo. En medio de la pelea por el terreno —a veces literalmente—, las tres irían en constante crecimiento, pero —desafortunadamente desde el punto de vista de Hobsbawm— el capitalismo lograría aliarse con los ideales y prácticas sociales que sustentaran su crecimiento. No obstante ello, Hobsbawm ve a esta sociedad como la sociedad más revolucionaria que jamás se haya visto. Después de todo, sería la época en la cual la *lucha de clases* se constituiría en el medio principal de acción histórica. La revolución sería algo con lo que había crecido esta sociedad.

Revolución en el capitalismo del siglo XIX

Hobsbawm caracteriza a la sociedad del siglo XIX como una sociedad en la cual nunca se había cimentado con tanta fortaleza la creencia en una revolución. Esto tiene tanto más sentido si pensamos que el capitalismo nace de una revolución —la Revolución Industrial— y sus ideales se asientan en otra —la Revolución Francesa. La *revolución dual* es el concepto base a partir del cual surge la sociedad que ya analizamos a fondo, pero es sobre todo a partir de ella que surge el mundo capitalista en muchos de sus sentidos. Estos países marcarían la pauta para la historia a partir de 1789 hasta nuestros días.

La Revolución Industrial permitió que se le quitaran las cadenas al poder productivo del hombre, que, a partir de la década de 1780, podría producir todo aquello que su ingenio le permitiera. Pero esta revolución, en la medida en que le dio esta posibilidad al hombre, también le dio condiciones de vida que lo llevarían a pensar en la revolución social. La degradación de un sistema por la imposición de otro llevaría al hombre de las décadas de 1830 y 1840 a pensar en la forma de quitarle el poder a la élite que le había instaurado condiciones de vida que no se asemejaban en lo más mínimo a las precedentes. Es decir, las condiciones materiales de la nueva burguesía crearían, en esta época de la revolución dual, un descontento por parte de las clases bajas que las llevarían, tras la primera crisis del capitalismo, a pugnar por derrocar, por medio de la revolución incipientemente socialista, a la clase burguesa que los mantenía bajo el yugo del trabajo.

La sociedad campesina había empezado a ceder frente a la sociedad proletaria, pero como la segunda seguía siendo mayoría a lo largo del siglo, ésta todavía anhelaba la estabilidad social de la primera, y por lo tanto, la revolución de 1848, mediante las capacidades organizativas que le otorgaba el nuevo sistema social, luchaba por mantenerla en la medida de lo posible. Aunado al hecho de que en esta época surgirían las primeras ideologías antisistémicas del capitalismo —léase el socialismo y marxismo—, la revolución de 1848 sería la primera revolución, según nos dice Hobsbawm, que vería la capacidad organizativa de la cual era capaz el proletariado.

Ahora bien, parte fundamental de esta revolución también venía de la Revolución Francesa. El hecho de que haya sido la primera revolución de *masas* y que haya tenido aspiraciones por primera vez verdaderamente radicales, fue un hecho insólito para el mundo entero. Hobsbawm ve la unión de los ideales jacobinos con los proletarios como una condición *sine qua non* se hubiera dado la revolución de 1848, y cualquier revolución en nuestro período. Sin embargo, también le daba el sustento ideológico a la todavía imperante —hasta la *Era del capital*— burguesía *liberal*.

Hobsbawm maneja la idea de que la *revolución dual* fue benéfica para la conformación de cualquier movimiento revolucionario en el siglo XIX, pero esta época también fue revolucionaria para sectores más favorecidos por el capitalismo. Es decir, que a pesar de que las tres *Eras* fueran revolucionarias, no lo fueron en el sentido único de la *revolución* —proletaria, de masas, de la izquierda— sino también por la capacidad revolucionaria de la época en general; la capacidad revolucionaria del capitalismo. La revolución —tal fue el caso de la Revolución Francesa— se daba en la medida en que también se dio una contrarrevolución. Para Hobsbawm el capitalismo no sólo se originó como resultado de la *revolución dual*, sino que también, en sí, fue un proceso revolucionario —o contrarrevolucionario— por medio del cual fue asentando su poder. Es decir, fue una revolución en el sentido de la Revolución Francesa, pero también de la Revolución Industrial —que en dado caso se puede ver como la contrarrevolución.

En la *Era de la Revolución*, parte fundamental de este asentamiento del poder del capitalismo se dio por medio de la guerra —las guerras napoleónicas, sin mencionar la Revolución Francesa como tal—; en la *Era del capital*, después del fracaso de la revolución de 1848, la contrarrevolución empezaría a tener frutos invaluable para la burguesía capitalista; en la *Era del imperio* la contrarrevolución sería aún más fuerte en los países del imperio, pero los países que a partir de 1905 podían llamarse del *segundo mundo* —en esta época, el imperio ruso— proclamarían la revolución como motor principal de historia de ese año en adelante. Tanto fue así, que sólo doce años después, este antiguo imperio vería la primera revolución y proclamación de un régimen socialista.

La revolución en este siglo es de tal importancia, que sería a partir de ella, que se define el éxito de un régimen u otro. El resultado de la revolución de 1848, donde triunfa la burguesía por medio de las armas, sería síntoma de lo que iba a suceder de ahí a 1875. La Gran Depresión, aunque no ve una *revolución* como tal, sí ve el retorno del capitalismo en una nueva faceta, no la apropiación del poder que buscaba la Comuna de París. Hobsbawm

ve que la revolución es fundamental para la historia del siglo XIX en este sentido, pero lo que es aún más interesante es ver la tesis expuesta en el capítulo final de la *Era del imperio*, donde nos dice que la única forma en la que iba a caer el capitalismo imperialista era por medio del enfrentamiento entre dos de sus pilares: Alemania e Inglaterra. El enfrentamiento entre dos de los pilares del imperialismo capitalista causaría la muerte del mismo, pues ambos quedarían doblegados, después de la Guerra de los Treinta y Un Años, por Estados Unidos. En 1914 empezaba la *Era de los extremos* y de la catástrofe.

El corto siglo XX

Después de 125 años de construcción, de crisis, revoluciones y crecimiento, el capitalismo se enfrentó —literalmente— en la pelea por ver quién podía salir reinando como *el imperio capitalista*. En realidad, como ve Hobsbawm, la Primera Guerra Mundial trajo muchas cosas antes de ver quién podía ser el nuevo capitalista en el mundo. Entre ellas, y aquí encuentro una de las aportaciones más interesantes, fue el hecho de haber creado una *guerra total*, que no sólo uniría a la Primera y Segunda Guerra como un fenómeno el cual, separado por una de las peores crisis que se hayan visto, vería el nacimiento de una nueva época y una nueva forma de hacer la guerra. Era la *Guerra de los Treinta y Un Años*.⁹⁶ Esta época derrumbaría muchos de los preceptos del siglo XIX, e instauraría otros que serían de verdadero horror.

No sólo es el siglo XX el más sangriento de la historia, sino que en él Hobsbawm ve el surgimiento de una guerra que buscaría aplastar a los rivales ya no sólo en el campo de batalla, sino en la sociedad entera. Los ataques y bombardeos —comunes en la Segunda Guerra— de los cuales fue objeto él mismo, buscaban no sólo destruir ejércitos, sino ciudades y en la medida de lo posible, sociedades enteras. El odio de unos hacia otros —nacionalidades enteras eran sujetas al odio de otras— ya no sólo fundamentaba el odio moral, sino la guerra contra esos pueblos; el objetivo dentro de estas dos guerras no tenía un

⁹⁶ Hobsbawm, *Historia...*, *op. cit.*, p. 62.

límite preestablecido. Ya no había mayor diferencia entre matar a unos cuantos miles en el campo de batalla y matar a cientos de miles en las ciudades por medio del bombardeo al que fueron sujetas muchas ciudades a lo largo y ancho de Europa. La *guerra total* incluso introduciría la guerra por medio del conocimiento científico: la guerra química hecha por Estados Unidos en países como Vietnam. El *agente naranja* perjudicaba a la población entera, y lo hacía a tal medida que sus resultados aún pueden ser vistos en las nuevas generaciones vietnamitas.

Un resultado de la *guerra total* sería el hecho de que, al ser ésta un fenómeno que se daba por primera vez a nivel mundial, la revolución que le siguió sería de índole mundial. La Primera Guerra cedería el escenario a la primera revolución del orden socialista: la Revolución Rusa de 1917, cuando efectivamente los Bolcheviques demostraron su poder al ser *bolche*, mayoría. La revolución socialista estaba proclamada, y por tanto, debía haber un llamado *internacional* a la revolución. A partir de la Revolución Rusa, cabía la posibilidad de que la revolución de izquierda se proclamara como una revolución internacional. El poder de la izquierda de 1917 en adelante dependía en gran medida del poder de la internacionalización de las demandas del socialismo *realmente existente*. Es por ello, que la caída del Muro de Berlín era una caída simbólica de la izquierda en el siglo xx y el hecho *más fundamental* del siglo.

La *caída del liberalismo*, por su parte, trajo consigo la instauración de una derecha radical que, una vez en el poder, obviaría hasta los más fundamentales principios políticos de los últimos años e instauraría una autoridad absoluta que —proclamaban— guiaría a su pueblo a la supremacía total. El nacionalismo-patriotismo de finales de la *Era del capital* vería su expresión máxima a partir de la década de 1930. Una vez superada esta faceta de absolutismo político, sin embargo, se volvería a instaurar el liberalismo como eje dominante político en un nuevo centro que dominaría el resto del siglo xx: Estados Unidos.

A partir del término de la Guerra de los Treinta y Un Años, se daría un nuevo *boom* — vemos la repetición del ciclo crisis-auge-crisis-auge— que sería el más grande de la historia demográfica, económica y en algunos términos, social de la historia capitalista. Este *boom* duraría alrededor de veinte años y traería las condiciones más generosas para mucha de la población que había vivido en el capitalismo. Sin embargo, las tendencias del capitalismo seguirían siendo patentes, pues la centralización ahora tomaría la forma de un monopolio, no ya de un oligopolio como había sucedido en el siglo pasado. El resultado, después de la quiebra financiera, sería la creación de un nuevo modelo neoliberal. El Estado perdería muchas de sus facultades económicas, pues ahora el incentivo privado sería un medio para pelear en contra de la crisis de la década de 1980, no ya la protección del Estado a la población. La economía, en esta *Era*, rebasa a la política en muchos sentidos y ahora sería ésta la que se apoyaría en aquélla. Ya se había dejado de lado la simbiosis economía-política de la *Era del imperio*, y se pugnaba por un control económico —no público— de muchos de los componentes de los Estados. Había llegado el derrumbamiento de la *Era de los extremos*.

La tendencia de separación no sólo había llevado a una mayor separación entre ricos y pobres, sino también a una partición de los países aún existentes en la década de 1980. El imperialismo capitalista había desaparecido en la medida en que el Tercer Mundo del siglo xx —colonias del siglo xix— ya no estaba dispuesto a subyugarse política y económicamente al Primer Mundo, cuando menos abiertamente. Después de todo, el Tercer Mundo, a pesar de seguir siendo un satélite de la metrópoli, ya no estaba dispuesto a ser una colonia de éste. Evidencia de ello habían sido las distintas revoluciones independentistas del siglo.

Hobsbawm, al hablar de las tendencias que veía en el mundo de la década de 1990, ve un mundo con cada vez más problemas, pero dos de ellos son centrales: el ecológico y el demográfico. Ambos problemas, a veintidós años de ser escrita la primera edición de la *Historia del siglo xx* son más que patentes en nuestro mundo. Aunado a ello, ve la desintegración del Estado en tanto sostén de una sociedad, pues la tendencia a obviar la

protección —cuando menos económica— a la sociedad había sido totalmente implantada. Ahora los Estados debían buscar las manos privadas para el rescate. Transfirió el poder a las instancias supranacionales, y con ello hirió de muerte a los Estados-nación. La desintegración de los imperios había provocado que múltiples Estados —otrora dependientes de una metrópoli— se vieran perdidos en el limbo de ser un nuevo Estado, la *era de anarquía internacional*. La desintegración de la política, por su parte, llevó a que las masas ya no tuvieran representación y por tanto, tampoco un medio de politización. Esto sólo provocará que las “autoridades que habrán de ser elegidas tenderán cada vez más, como los pulpos, a ocultarse tras nubes de ofuscación para confundir a sus electores”.⁹⁷

Así, Hobsbawm vio que el paso del Antiguo Régimen al capitalismo a lo largo de dos siglos (1789-1989 (1991)) resultó en el cambio total de la sociedad, y consecuentemente, del mundo en el que vivían. Dejó el campo casi universalmente, se volvió una sociedad que prioriza la economía por sobre cualquier acción de trascendencia política —si bien sigue teniendo gran influencia ésta sobre aquélla— y vio el surgimiento de una clase proletaria que para finales del período ya estaba desapareciendo.⁹⁸ El mundo del capitalismo, ante los ojos pesimistas de un historiador que vivió la época donde todo se había vuelto un extremo, había transformado al mundo de una manera tan poco satisfactoria, que había podido acabar con las revoluciones que pugnaban por destruir el orden sostenido de un régimen *cuasi* bárbaro. El hecho clave del pasado siglo no sólo fue la “victoria” del capitalismo, sino la destrucción de éste de cualquier posibilidad de una revolución. La contrarrevolución de las Eras del siglo XIX había triunfado a tal grado que vería a uno de los historiadores con más convicción revolucionaria del siglo XX, morir decepcionado del camino que estaba tomando el mundo. La única opción para que esta sociedad sobreviva no será ni siquiera la

⁹⁷ *Ibíd*, p. 575.

⁹⁸ Eric Hobsbawm, *Desórdenes mundiales*, es.scribd.com/doc/236655275/Eric-Hobsbawm-Desordenes-Mundiales, consultado 10/9/2014.

revolución, sino transformar la sociedad en la medida en que no se destruya a sí misma. De no ser así, sólo acabará por destruirse a sí misma.

IV. ISAIAH BERLIN Y ERIC HOBBSAWM. LA COMPARACIÓN DE DOS HISTORIADORES

Hasta ahora hemos analizado a cada autor de manera individual y separada. Sin embargo también hemos visto que hasta cierto punto son comparables como intelectuales y como historiadores. Al ser ésta una historia intelectual de los autores, es indispensable hacer la comparación de sus recorridos intelectuales, además de la necesaria comparación de sus teorías.

Ambos tienen orígenes similares, pues los dos nacen en la periferia europea —Egipto y Letonia— hijos de familia judía comerciante con padres madereros. Ninguno era físicamente agraciado; sólo hace falta ver cualquier foto de alguno para darse cuenta de ello. Desde chicos serían dedicados en lo que posteriormente sería su formación intelectual, al grado que entrarían a dos de las instituciones de mayor renombre a nivel internacional: Oxford y Cambridge. Los dos serían alumnos destacados en sus generaciones, participando activamente en discusiones y periódicos universitarios de sus respectivas universidades. Aunque en Berlin el interés por la historia surgió tarde en su vida, ambos tendrían dudas históricas de sus respectivos campos de esta disciplina. Estados Unidos los albergaría como reconocidos intelectuales, además de su adopción natural de Inglaterra como país propio.

No obstante, el éxito temprano de Berlin sería tardío en Hobsbawm. Curiosamente, casi en los mismos años en los que Berlin decaía intelectualmente —1960/1970—, Hobsbawm adquiriría su primacía intelectual. A pesar de ser judíos, el primero sería sionista devoto toda su vida, mientras que el segundo sería comunista devoto. Uno trabajaría para el establishment intelectual, mientras Hobsbawm era por naturaleza un intelectual disidente. El equivalente de Hitler en Hobsbawm podemos encontrarlo en Lenin y Stalin para Berlin. Así, el uno sería marxista, el otro liberal; la vista abarcadora de la *historia total* de Hobsbawm

parte de la estructura, mientras la historia de las ideas de Berlin lo hace —naturalmente— desde la superestructura. El hecho a partir del cual parten es la Revolución Industrial y Revolución Francesa, respectivamente; ambos, eventos del siglo XVIII-XIX.

DOS VIDAS EN EL SIGLO XX

No es coincidencia que Hobsbawm empiece la *Historia del siglo xx* con una cita de Isaiah Berlin. Ambos vivieron en el siglo más sangriento de la historia de la humanidad, y ambos vivieron los totalitarismos responsables de muchas de las muertes a unos cuantos metros. Berlin y Hobsbawm, intelectualidades que bien pueden ser caracterizadas como dos de los pilares más sólidos en el círculo académico de la historia, vivieron una vida de *diáspora* en distintos países antes de establecerse en el mismo país, y aprehenderlo como su casa y *alma mater* en muchos sentidos. Inglaterra los formaría como intelectuales de la más alta sofisticación de pensamiento. Pero lo más curioso, por la coincidencia, es que ambos llegarían como *emigrés* de los países que vieron nacer los totalitarismos que los dos criticarían. Rusia expulsaría a la familia burguesa de Berlin por medio de la revolución proletaria y el establecimiento de un régimen que cometería muchas atrocidades características del siglo xx. Alemania vería la salida de Hobsbawm —aunque el antisemitismo no haya sido la causa directa— tras el establecimiento del gobierno totalitario por excelencia del siglo xx.

Sus ascendencias serían judías, pero Berlin crecería como sionista y por ende, defensor de su religión, mientras Hobsbawm crecería como judío no religioso, no sionista, y a partir del compromiso de por vida con el comunismo, *cuasi* antisionista. El carácter judío siempre sería algo que Berlin llevaría como estandarte de su imagen, al grado de dedicar un capítulo a dos de las figuras judías más importantes del siglo XIX: Karl Marx y Benjamin Disraeli. Hobsbawm nunca tocaría el tema en su carrera como historiador, a pesar de no ser seguidor de la religión. “En resumidas cuentas, simplemente no había modo de olvidar que

uno era judío”.⁹⁹ Sin embargo, en tanto judíos no se vieron perjudicados. Su vida no dependía ni se vio influenciada por su judaísmo. A lo sumo, podemos ver en Berlin la toma de decisiones que fluían en torno a su condición judía —ser amigo de Eichmann y no de Gurion, o rechazar la invitación de ambos cuando lo invitaron a formar parte del naciente gobierno israelita—, pero finalmente, éstas no influían en su vida.

Ambos llevarían una vida que se influenciada por el comunismo. Uno pelearía por la expansión del mismo, mientras el otro peleaba —pasivamente— con el régimen más anticomunista que existente en su época. Formaban parte de dos de las instituciones más prestigiosas a nivel mundial, lo cual los llevaría a formarse profesionalmente a los estándares de las mismas. No obstante, ninguno de los dos parece haber sacado lo fundamental del armatoste teórico *directamente* de la universidad, sino fuera de ella. Ninguno de los dos tendría una vida “tranquila”, en el sentido de que ambos estarían constantemente devotos a aprender y discutir más. Se formarían como profesionales en el sentido de un *intelectual* que verdaderamente sabe cómo formarse: por medio de la interacción de la teoría y la *praxis*. El hecho de que sus *praxis* hayan sido diametralmente distintas no viene tanto al caso, pues ellos supieron aplicar la noción de que el intelectual no se forma exclusivamente por medio de los libros, sino por medio de la práctica y el contacto con el *mundo real*.

Así, si vemos su participación en la Segunda Guerra, estaban devotos a pelear por su causa. Berlin peleaba por la proclamación del régimen que perseguía los fines más liberales de su época y veía por el derrocamiento de los sistemas totalitarios, mientras Hobsbawm peleaba con el único partido que seguía buscando la expansión del socialismo frente a la barbarie impuesta por el capitalismo al mundo. La presunción de Berlin que él no se veía como un hombre de política era totalmente falsa, pues estaba en los círculos más altos de la política y él tenía influencia sobre ellos. Que no se proclamara un hombre devoto a la política parece cinismo; no cualquiera podía estar cenando con el mismo Kennedy cuando

⁹⁹ Hobsbawm, *Años Interesantes...*, *op. cit.*, p. 30.

la crisis de los misiles estaba en su época más complicada. Al igual que Hobsbawm, en todo caso, veía que los políticos de su tiempo estaban llevando al mundo a la ruina. Hobsbawm los confrontaba por el hecho mismo de definirse como comunista, pero aún así inspiraba la admiración y confianza de una de las instituciones más concordantes con el sistema del siglo xx: Cambridge. A pesar de la pelea que dio por el Partido Laborista en sus años de crecimiento, de pertenecer abiertamente al Partido Comunista y tener lealtad al comunismo aún después de la crisis de 1956, Hobsbawm trabajaría como profesor e investigador de la institución por el resto de su vida.

Es posible que no encontremos dos historiadores británicos en el siglo xx con más participación en la política de su país. Uno en las esferas de la alta alcurnia de la política y academia británica, junto a la clase más aristocrática de su país, recibiendo todos los galardones de renombre para su reconocimiento como intelectual; mientras el otro lo hacía desde la pelea más básica: la lucha política que veía por las masas. Ambos tenían el mérito de seguir trabajando por la democracia, uno lo hacía desde la fase liberal y burguesa, otro, desde la pelea por la izquierda y las masas.

Al estar trabajando —aunque sea indirectamente— para los regímenes que estaban detrás de sus ideales —Estados Unidos y la Unión Soviética— ambos quedarían profundamente decepcionados de los mismos. Berlin había trabajado con Estados Unidos y Gran Bretaña por derrocar a los totalitarismos que habían traído las crisis humanitarias más grandes de la historia de los recientes siglos. Hobsbawm lo había hecho por derrocar al sistema que más daño le había traído al mundo: el capitalismo. Al término del siglo, ellos veían a los ideales desmoronarse; Berlin veía al liberalismo desaparecer frente al neoliberalismo e hipocresía del régimen que se decía liberal, mientras Hobsbawm veía caer —y no sin cierto desprecio por lo que había provocado en los últimos años de vida— al régimen que más había prometido ser la construcción *verdadera* de la izquierda.

En términos de *El Erizo y el Zorro*, ambos podrían ser definidos como erizos. Toda su vida y recorrido académico lo habrían dedicado a *una gran cosa* sobre lo cual se constituirían como intelectuales reconocidas en las más altas esferas. Uno trabajaría en la construcción de la historia de la sociedad de los siglos XIX y XX, mientras el otro lo hacía para la historia de las ideas políticas de la misma época. Pero lo que es aún más importante, dedicarían todo su recorrido intelectual a una causa; Hobsbawm para el comunismo y Berlin para la construcción de la democracia en el siglo XX.

En sus momentos más álgidos de producción intelectual, vieron los problemas mundiales multiplicarse y no disminuir. Sus vidas girarían en torno al análisis del sistema que había llevado a las condiciones en las que vivía el mundo en su época. Cada uno se abocaría a una rama de la historia, y producirían una historiografía que, veremos, se complementa increíblemente. Albergados por sus universidades, llegarían a ser académicos de renombre mundial, y fuera de ellas, llegarían a ser intelectuales con las más altas capacidades. Los viajes les ayudarían a complementar sus teorías por medio del diálogo con intelectuales de otros países, además del diálogo invaluable con los alumnos. Cada uno construyó una nueva forma de hacer historia, dejando su legado a las generaciones futuras de historiadores.

LA IDEA DE LA HISTORIA

Berlin nunca se definió a sí mismo como un historiador de las ideas como tal, sólo se consideraba un filósofo-intelectual de las ideas en la teoría política en los últimos siglos. Hobsbawm se definía como un historiador social, pero sobre todo como un historiador de la sociedad. Construyeron el marco teórico histórico que seguirían el resto de sus vidas. Sus maestros les abrieron la vista en torno a cómo se podía concebir a la historia. Collingwood y Postan serían los dos maestros en los cuales podemos ver, respectivamente, la influencia de la vida universitaria de nuestros autores. El primero le transmitiría a Berlin la idea de que la

historia muchas veces se construye a partir de las ideas, y que éstas podían ser determinantes en la marcha de la misma. Postan sería maestro de historia económica de Hobsbawm —y a su decir, el mejor maestro de su carrera— y le dejaría ver la importancia de ésta en el discurrir histórico. Pero, en realidad, ninguno de los dos veía un marco sólido con el cual trabajar. Si querían ser historiadores, tendrían que serlo por motivación propia y construyendo la disciplina conforme ellos iban creciendo con ella.

Es en este sentido que Berlin y Hobsbawm son originales. Hobsbawm tendría contacto con los historiadores franceses e italianos, y ellos le abrirían muchas puertas para el marco teórico de la interpretación histórica, pero no es con ellos con quienes construye el nuevo tipo de historiar, sino con compañeros ingleses marxistas. Con ellos fundaría la escuela Marxista Británica. Berlin trabajaría como filósofo y en tanto tal veía a las ideas en la historia. Pero la construcción de la historia de las ideas políticas la hace desde la concepción personal de cómo se debía filosofar sobre las ideas políticas, esto es: históricamente y viendo el resultado directo de éstas en la sociedad y materialidad de una época. La historia de la sociedad y la historia de las ideas políticas tenían, antes que nada, un elemento en común: su originalidad en la época en la que se plantean. La historia social ya existía, así como la historia de las ideas, pero ambos las relegarían en muchos sentidos para constituir un avance en cada una de estas disciplinas.

La historia, para ambos, se construía a partir de las relaciones sociales que se iban tejiendo en diferentes períodos. Cada uno tuvo su manera de ver esta construcción social de la historia. Hobsbawm lo veía en un sentido de la *estructura*, Berlin lo veía desde la *superestructura* de la misma. Para el primero era fundamental no sólo entender las relaciones sociales en tanto sociedad del pasado, sino también ver las condiciones económicas y políticas con las que éstas se iban entrelazando. El análisis que hace en obras como el *Capitán Swing* junto a George Rudé habla de las condiciones sociales de los que crearon dicho movimiento, pero habla de ellas en tanto relaciones tejidas en torno a las condiciones

materiales —económicas y sociales— de esa sociedad. La economía política marxista le había abierto el campo para que viera cómo se debía analizar a una sociedad en tanto fenómeno histórico material que tejía los lazos sociales a partir de los cuales surgirían ideas y políticas de organización: movimientos sociales tales como el imaginario Capitán Swing. Pero también entendió que las relaciones sociales se dan en *todas* las esferas de la sociedad de un tiempo dado. Por eso serían tan importantes las relaciones sociales de la burguesía y los elementos que la mantenían unida en las *Eras*. Al fin y al cabo, eran las relaciones sociales y políticas que iban manejando el capitalismo en tanto construcción histórica y social. La *historia de la sociedad* en el sentido de cómo lo ve Hobsbawm es la historia social, pero no exclusivamente del aspecto social; era ver la Historia que iban construyendo las sociedades en tanto actores históricos, determinados multi-facéticamente. Todos los elementos históricos de una sociedad pasada confluían en ella. La sociedad era el centro a partir del cual se podían ver las “distintas historias”, sea económica, política, social, o de las ideas. La sociedad las englobaba a todas.

Es por eso, pienso, que Hobsbawm analiza la historia de la sociedad como preámbulo de la historia total que construye con las cuatro *Eras* —incluyendo la *Historia del siglo xx*. Aborda la construcción histórica del capitalismo en tanto fenómeno que permeó a todos los ámbitos de la sociedad. Como ya pudimos apreciar, la forma en la que trata la historia de la sociedad del siglo *xix* es *total*. Hobsbawm construyó la historia *total* de la sociedad del capitalismo a partir de la idea de que, efectivamente, el capitalismo es un fenómeno que influye en todas las ramas de su sociedad. Claramente, es una concepción marxista de la historia.

Isaiah Berlin, por su parte, ve la superestructura de la sociedad como la parte determinante de la historia. No obstante, la teoría política que revisa lo es en tanto construcción social del pensamiento. Son las relaciones sociales las que van tejiendo el pensamiento —y sentimiento, también— de una época histórica. La construcción social del

pensamiento es la que efectivamente provoca alteraciones en las instituciones e ideas de cualquier época. La discusión política en torno a la realidad histórica de cualquier sociedad es lo que hace que el pensamiento de una época se transforme y dé lugar a nuevas ideas las cuales, por su parte, generarán otra. Berlin toma la idea de la historia de Giambattista Vico, sus *ciclos*, y la expone de manera que las ideas generen esos ciclos. Pero el elemento por medio del cual esos ciclos avanzan y se rompen, es por medio de la *duda*. La duda política construye ideas que permiten la emancipación de otras ideas precedentes. Después de todo, en Berlin la dialéctica es un elemento que permite y garantiza la evolución histórica.

Pero, ¿qué tienen que ver una idea con la otra? Las ideas de la historia de ambos giran en torno a la historia en tanto impacto social de una acción, sea ésta una revolución proletaria, o la formulación de la idea de una sociedad burguesa a la cual todos deberían apelar. Para Hobsbawm, esa acción brota de una realidad directamente histórica y material: la revolución dual; para Berlin, esa acción es la duda política que una época ejerce sobre la realidad política de la misma. Si bien ambos conciben el cambio histórico en la sociedad, la forma en la que ese cambio histórico se ejerce sobre la sociedad es totalmente distinto. La historia total ve ese cambio histórico ejercido a partir de la transformación de cómo se ve la *base* de la sociedad: el trabajo y la organización de la sociedad a partir de esa realidad histórica. La historia de las ideas ve la reorganización social a partir de la forma en la que las ideas impuestas a la sociedad tienen un impacto político negativo en tanto que ve la desaparición del motor que brinda la política a la sociedad: la duda.

Es decir, son dos formas que pueden considerarse las más tradicionales de ver la historia: la *historia desde abajo* y la *historia desde arriba*. Pero es tanto más interesante en cuanto que ambas ven el mismo motor en la historia: la transformación de la forma en la que la gran masa de la sociedad opera. Uno lo hace desde la perspectiva de cómo esa sociedad produce —las ideas y lo material— su realidad, y el otro lo ve en la manera en cómo esa sociedad produce lo que garantiza su continuación en la participación y construcción de

realidades políticas en una época. En cuanto alguno de estos dos agentes históricos —el trabajo y la duda— desaparecen, ambos ven un rompimiento en la construcción que había seguido históricamente la sociedad. Esto no quiere decir que en ningún momento vean a la historia como resultado de sólo un fenómeno. La sociedad que analizan se construye por una gran cantidad de fenómenos de distinto tipo, pero hay ciertos fenómenos que son centrales en la medida en que son el sostén del edificio que se fue construyendo históricamente. Cuando se ven debilitadas las columnas de ese edificio, el peligro para toda la sociedad que vive bajo él, es inminente.

En ambos casos, no obstante el peligro que represente el derrumbamiento de una u otra columna, es necesario que hayan acciones históricas que tumben ciertas columnas. La acción histórica fundamental para ambos autores es la revolución. Hobsbawm lo ve en términos más radicales y plenos que Berlin, pues éste, al ser un ferviente creyente en la democracia pacífica, ve a la revolución en términos del cuestionamiento político y la crítica política; Hobsbawm lo ve como la forma en la cual una sociedad tumba sus preceptos para construir otros nuevos. En ambos, la influencia de Karl Marx es fundamental.

LA CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA Y KARL MARX

Hobsbawm veía en Karl Marx uno de sus más fuertes influencias teóricas, tan sólo hace falta ver sus afiliaciones políticas y las temáticas que trabajaba para darse cuenta de ello. Berlin lo veía como el progenitor de un pensamiento que llevaría a la construcción de un régimen que le inspiraba el odio —personal— más radical. No obstante, por medio de su *Karl Marx* aprendería a ver muchas cosas que consciente o inconscientemente influenciarían en su trabajo posterior. Una de las más importantes, como ya se mencionó, es el hecho de que aprendería a formular su pensamiento histórico a partir del análisis de su enemigo. A pesar de que no se enfocó exclusivamente en el enemigo, vio en esta forma de análisis la vía de

entrada a la crítica de lo que le parecía la barbarie política: el comunismo estalinista. *Karl Marx* sería la puerta a través de la cual se daría cuenta de esta forma de análisis.

El *doctor terror rojo* era probablemente el sujeto en torno al cual habían girado la mayor cantidad de reflexiones desde la época de su muerte en 1883, hasta 1939 cuando se publica la historia intelectual de Berlin. Para esta época, Hobsbawm ya formaba parte del Partido Comunista como universitario de Cambridge, y era una tropa moral de Marx desde hacía ocho años. Las impresiones de ambos autores en torno al intelectual del siglo XIX, por tanto, ya eran tan contrarias como podían llegar a serlo. Pero Berlin no podía dejar de admirar lo que había logrado teóricamente Marx.

Tanto Hobsbawm como Berlin veían el planteamiento de la historia que hizo Marx como el elemento esencial de su teoría. Berlin, como vimos, tenía mucho mejor conocimiento de la filosofía que envolvía a la teoría de la historia de Marx, pues conocía profundamente bien las teorías del progreso de Kant y la dialéctica de Hegel, y por ende, sus planteamientos en torno a la *teoría* como tal pueden ser considerados mucho más profundos, pero el rescate que hace Hobsbawm de la teoría de la historia de Marx tiene tanto más mérito en cuanto es lo que estructura su obra de las *Eras*. A pesar de que no encontramos mención sustancial de *El Capital*, ni de ningún otro trabajo de la economía política histórica de Marx en las *Eras*, queda claro que el ímpetu a partir del cual brota la voluntad de escribir una historia del siglo XIX y XX, es la teoría de Marx. Elabora esta historia como la crítica —por la simple exposición de los hechos del siglo— a la construcción del mundo capitalista. No es el “análisis crítico de la economía capitalista” de *El Capital* de Marx, es el análisis crítico de la historia del capitalismo.

Spinoza, Leibniz, Vico, Rousseau, Kant, y Hegel son todas lecturas indudables de Berlin en su formación filosófica. El siguiente paso lógico de la formación filosófica y política era Marx, y sería a partir de él que formularía su teoría política histórica. La obra que gira en torno a su análisis lo acercaría a la formación de un pensamiento histórico, que obedeciera a

las condiciones materiales que formaron a la sociedad como lo hicieron. Pero también encuentra el hecho de que había una relación innegable entre *estructura* y *superestructura*, y que a partir del materialismo dialéctico que brotaba de su relación, se podían conocer las condiciones históricas de una u otra sociedad. Al abrirle el espectro de la transformación, que termina siendo unívoca, de la estructura y superestructura, Berlin encuentra en Marx la herramienta ideal para hacer el análisis de las ideas de Herzen, Bakunin, Turguéniev, y de las ideas que resultaron en la construcción del socialismo en el imperio ruso. Al igual que Hobsbawm, Marx le daría las herramientas para hacer un análisis crítico e histórico de un proceso que deploraba. Pero lo que es aún más importante, le daría otro medio para el análisis de la *desconstrucción* de una idea que define política y teóricamente a Berlin: la libertad.

La revolución en Hobsbawm tal vez pueda ser el equivalente de la libertad en Berlin. Para Marx, ambos ideales son esenciales —en tanto que la segunda es resultado de la primera— en el ejercicio de la transformación histórica. Como marxista, Hobsbawm ve a la revolución como el medio que impulsa la transformación social e histórica; en tanto liberal, Berlin ve a la libertad como el eje a partir del cual se puede construir una sociedad justa. Pero es interesante ver que ambos siguen a Marx en el hecho de que ambas —revolución y libertad— se dan por medio del vínculo fundamental entre teoría y *praxis*. Si Hobsbawm, por ejemplo, quería ver suceder la revolución comunista internacionalista, debía aclamar por ella en el terreno de la *praxis*: el Partido Comunista. Desde los catorce años, Hobsbawm había aprendido junto a sus compañeros comunistas que Marx había dejado el legado de la *crítica práctica* en sus *Tesis sobre Feuerbach* a toda izquierda que se consolidara a partir del siglo XIX en adelante. Berlin lo veía en tanto que debía pelear en la medida de lo posible por la democracia y la libertad. Después de todo, sí formó parte de la pelea —desde las esferas más altas de la política estadounidense— por derrocar el totalitarismo por excelencia de su época, aunque no formara parte de la “inquisición” de los años cincuenta en contra de los

comunistas. Si no lo hizo, fue en gran parte por el hecho de seguir el ideal de la construcción de la democracia.

Pero hay un elemento en el cual Hobsbawm y Berlin aprehenden las tesis marxistas de manera muy distinta: la influencia de las ideas en el discurrir histórico. Hobsbawm las toma como parte orgánica del mismo; no las ve como un fenómeno *a priori* a la estructura, sino como la relación dialéctica entre lo material y las ideas. Ambas se van configurando en tanto fenómenos históricos de la sociedad de una época. Berlin, por el contrario, las toma como el motor fundamental de la historia, pues a pesar de que Marx erigió su sistema de pensamiento sobre la tesis que las ideas no determinan decisivamente el curso de la historia, él mismo sería un figura para refutar esa tesis. Son las ideas de Marx las que cambiaron decisivamente el curso de la historia del último siglo —y medio, si agregamos el tiempo que ha transcurrido hasta el presente—, pues alteró la forma en la que la sociedad pensaba a partir del planteamiento de sus tesis. Es decir, para Berlin son las ideas las que, en última instancia, influyen al paso de la historia; Hobsbawm las veía como un órgano del sistema que constituye la sociedad.

Sin embargo, ambos rescatan algo que va más allá de lo obvio en la teoría marxista: la crítica. Si bien muchos historiadores abordan problemas históricos que no les son de su agrado, muchos obvian la parte esencial de la crítica en su trabajo. El trabajo de Hobsbawm y Berlin gira en torno a la crítica de lo que escriben. La formulación y exposición de todo lo que ellos ven como el régimen que ha traído mayor injusticia, desigualdad y ha roto el ideal de la fraternidad, lo hacen de tal forma que es evidente la crítica que hacen al régimen capitalista y totalitario, respectivamente. “El autor de este libro [*Era del capital*] no puede ocultar un cierto disgusto, quizá un cierto desprecio, por la época que está tratando”.¹⁰⁰ Pero, al estar tratando al régimen o las ideas de éste al cual le tienen mayor desprecio, lo hacen de una forma en la cual la crítica está implícita en lo que exponen de ellos. La crítica

¹⁰⁰ Hobsbawm, *Era del capital...*, *op. cit.*, p. 16.

de Marx no apela en ningún momento a argumentos *ad hominem*, o cualquier argumento que apele a argumentos que hagan de él una falacia, todo lo contrario. Se encarga de exponer la realidad a la cual obedece el régimen que critica, pero en ningún momento la crítica extrapola dicha exposición de hechos y la crítica que en ellos subyace. Hobsbawm y Berlin lo hacen de tal manera que su crítica quede asimismo implícita, si bien ambos en las entrevistas que se les hicieron exponen su desprecio por aquello a lo que critican. Ahora bien, los ideales a partir de los cuales siguen esa crítica son totalmente distintos.

IGUALDAD, JUSTICIA Y FRATERNIDAD

Los ideales de la Revolución Francesa fueron en muchos sentidos los ideales por los que Berlin peleaba. Era un liberal que buscaba el respeto a sus tres ideales de la forma más sincera posible. “La libertad es ese orden único y verdadero en que cada alma humana logra su realización completa, y no se puede alcanzar mientras entre los hombres exista miseria, frustración o cualquier forma de opresión o ignorancia, que son formas de no realización, de imperfección”.¹⁰¹ Pero los ideales a los que se adhería muchas veces lo llevaban a aliarse a regímenes que más tarde serían hipócritas al hablar de la libertad, pues si bien se definían como defensores de la misma, muchas veces privaban al hombre de la libertad más básica: la expresión. Es en este sentido que Berlin ve la *traición de la libertad* de la cual se habló anteriormente. La pelea más básica que él llevaba a cabo era la pelea por la democracia. La idea de la destrucción de la democracia, al fin y al cabo, era aquello a lo que más aborrecía.

Para Hobsbawm, empero, los ideales de la Revolución Francesa habían llevado a la construcción ideológica del régimen capitalista burgués, y por tanto, tenían muchas desventajas para el mundo. La construcción de la democracia, de la *career open to talent*, del capitalismo como la apertura de oportunidades para todas las masas trabajadoras y emprendedoras, eran un engaño que se escondía detrás de la cortina capitalista. No

¹⁰¹ Berlin, *Las ideas políticas...*, *op. cit.*, p. 116.

obstante, a la vez, los resultados directos de la Revolución Francesa habían mostrado al mundo las capacidades de una revolución perpetrada por las masas, y en términos generales, a partir de ese momento, las peleas de las masas se darían en el marco de ese objetivo tripartita.

Los terrenos que veían ambos para la pelea por estos ideales serían sumamente diferentes. La construcción del ideal personal de uno u otro, sin embargo, sería a partir de un mismo hecho: la Revolución Rusa de 1917. El hecho de que uno lo haya vivido en primera persona, puede ser el hecho fundamental de la diferencia de opinión sobre este hecho. Berlin lo veía como el hecho que había empezado la construcción del totalitarismo en el siglo xx, mientras Hobsbawm lo veía como el comienzo de la construcción de un régimen que le permitiría al mundo librarse de la opresión que significaba el capitalismo. Su lealtad a este régimen ha llevado a algunos autores a hablar de él como un comunista estalinista alejado del ideal del ser comunista, sin mayor fundamento.¹⁰²

Estos ideales, no obstante, serían uno de los marcos más importantes a partir de los cuales se armaría el trabajo histórico de estos dos autores. Como ya se dijo, el trabajo de Hobsbawm en las *Eras* es un trabajo que relata la historia del siglo xix y xx de una forma *total*, abarcando todo detalle que habría de incluirse para elaborar una historia de la sociedad de esa época. Sin embargo, todo su trabajo anterior se refería, en términos generales, a la condición del trabajador a lo largo de época de la Revolución Industrial, desde el siglo xvii, hasta el siglo xix. El análisis de la clase obrera y del campesinado — pensando en el *Capitán Swing*— llevaron al autor no sólo a ver la transición de la vida en el campo de las masas a la vida en la ciudad, sino también a ver las transformaciones ideológicas que sufrieron a partir de la Revolución Francesa. Una de las más fundamentales sería el hecho de que ahora quedaba claro que las masas debían asociarse frente a la burguesía, la cual estaba centralizando todo el poder sólo en su beneficio. A partir del

¹⁰² James Young, "Eric J. Hobsbawm: 'Communist' Historian. Companion of Honour and Socialism's Ghost", *From New Interventions*, vol. 10, no. 3, primavera, 2001.

surgimiento del socialismo la idea de igualdad, justicia y fraternidad tendría un cambio radical para la apropiación de estos ideales por las masas. La Revolución Francesa les había dado los medios para ver que la pelea en contra de un régimen opresor se podía dar e incluso obtener grandes ventajas de la lucha. Hobsbawm, después de todo, veía que los tres principios predicados por la Revolución Francesa eran totalmente lógicos, si se llevaban a cabo bajo condiciones que no fueran las promulgadas por la burguesía capitalista.

Berlin veía una transformación fundamental en la ideología liberal a partir de Rousseau, que se vio aplicada en la Revolución Francesa. La idea de la voluntad como parte de un ejercicio de la libertad sería un arma de doble filo, pues aunque le daba una nueva dimensión a la idea de libertad, ésta no necesariamente se usaría para el beneficio de la libertad, sino que sería una herramienta para la utilización de la misma por parte de los gobernantes “liberales”. La transformación práctica de la idea de la libertad en la era romántica —siglo XVIII y XIX— vería, justamente, el surgimiento de los totalitarismos de los cuales hemos hablado anteriormente. Hobsbawm y Berlin ven esta transformación como causa *cuasi* directa de muchos de los problemas del siglo XX. La aniquilación de la libertad llevaría a la imposición de la voluntad de unos sobre otros. La voluntad de la burguesía e imperialistas capitalistas para Hobsbawm, y la voluntad de un régimen totalitario para Berlin.

Si bien Hobsbawm nunca habla directamente de la libertad como tal, sí deja claro en términos materiales cuáles eran las condiciones que, por ejemplo, hicieron que la burguesía pudiera salir victoriosa en la revolución de París de 1848. La capacidad material de la burguesía le permitía ejercer el poder —por medio del control de la milicia— sobre las asociaciones obreras que habían sido construidas en esta revolución. La “libertad” que le otorgaba a las masas para llegar a formar parte de la clase burguesa era una libertad que en realidad sólo podía ser ejercida en términos prácticos por la burguesía misma, pues ésta era la que seguía subordinando en el trabajo a las masas obreras. *The career open to talent* era la promesa que nunca podía ser verdaderamente cumplida, pues las condiciones materiales

bajo las cuales se abría esta carrera eran limitantes a las posibilidades que se supone otorgaban. La eliminación de la libertad para Hobsbawm podría ser vista como la construcción de las condiciones para la imposición de la voluntad de la burguesía sobre todas las demás clases del siglo XIX.

Para Berlin, la libertad desaparecía cuando cualquier voluntad se imponía sobre otra. Su análisis lo lleva a ver que la imposición del poder político de unos sobre otros, haya sido “en beneficio de todos” o del beneficio explícito de unos, lleva a la eliminación del rasgo más importante de la libertad de cualquier individuo: su posibilidad de dudar y cuestionarse la realidad histórica. No analiza al socialismo en sus épocas de surgimiento —sólo en tanto producto del pensamiento de Marx—, y por tanto obvia la fase de construcción a partir de la inserción de la duda política, sino que analiza al socialismo a partir de su surgimiento en Rusia. Ahí la lucha había empezado por ver quién podía imponer su voluntad, si el imperio, o el socialismo. Esta lucha favorecería a quienes tendrían la inteligencia política para sumar adeptos a sus filas. Es por ello que Berlin ve a Lenin como una figura peligrosa, pues logró convencer a una gran cantidad de gente de aliarse a la lucha socialista, y teniendo el consenso de su lado, hizo desaparecer esa actividad que más importante había sido en su formación: la duda.

Al eliminar la libertad, se eliminaba casi unánimemente la justicia y la igualdad que la acompañaban. El principio de este ideal tripartita es que las tres partes se cumplían, al hacerlo efectivamente cada una de ellas. Al eliminar la libertad laboral o la democracia, se puede muy fácilmente ver que la justicia queda relegada al burgués o gobernante, mientras que la fraternidad que se supone debía reinar, queda relegada frente a la imposición de la voluntad de unos sobre otros; y por tanto la igualdad era otro ideal que existía en la medida en que existía para el burgués. Ambos veían que la clave del éxito para ello fue la demagogia y la manipulación de las masas por medio de los burgueses o socialistas. Es decir, la gradual desaparición de la política de masas manejada por ellas; estas nuevas políticas de masas

estaban dirigidas por los que tenían el poder de imponer su voluntad. Así, no importaba quién creía en la libertad, pues la *imposición* del poder es una de las aniquilaciones más importantes de la libertad del pueblo.

Para ambos, el peligro de la erradicación de la libertad era la eliminación de la crítica y duda política. Hobsbawm veía que la libertad había sido minada en la medida en que la libertad *social* se había visto perjudicada. A lo largo del siglo XIX, el obrero se vio apoyado por ideologías como el socialismo que buscaba entender la condición que los mantenía bajo el yugo del capitalista. Éste le daba las ideas al cada vez más numeroso proletariado para obtener más libertades e, idealmente, construir un régimen que los pusiera en una condición igualitaria frente al capitalista. La construcción de ese régimen se daría por medio de la *intelligentsia* rusa que convocaba a las masas para la abolición del imperio que los mantenía subyugados. En la medida en que fue creciendo el proyecto socialista, las posibilidades para el proletariado de lograr la libertad anhelada se incrementaban. La única forma en la que podían obtener más libertades —como efectivamente lo hicieron en muy menor medida— fue por medio de la crítica al régimen que los mantenía en una condición de pseudo libertad. Al fin y al cabo, Hobsbawm ve que el mayor logro del proletariado de finales del siglo XIX, fue la construcción de la democracia, que pudo ponerlos al nivel de ser la clase más respetada. En la medida en que habían mejorado sus condiciones laborales y por tanto sociales, su libertad no había sido totalmente abolida. A diferencia de Berlin, no obstante, el régimen socialista seguiría siendo fundamental en el siglo XX en la medida en que era el único régimen que verdaderamente criticaba al capitalismo.

LA (DES)CONSTRUCCIÓN DE UN RÉGIMEN

El siglo XIX para ambos autores construye gradualmente lo que en el siglo XX se vivió como una época de catástrofe. Lo denomino la *(des)construcción de un régimen* por el hecho de que siguen la construcción, cada uno desde su campo histórico, del régimen capitalista, pero

en esa construcción ven la desaparición de los principios más básicos de la humanidad: la libertad, igualdad y justicia. Hobsbawm lo sigue desde una concepción radicalmente contraria de lo que había llegado a ser el mundo; Berlin, a pesar de ser moderado en el sentido de que no sigue ninguna ideología más allá del liberalismo, también está totalmente en contra de los resultados de esa construcción.

Hobsbawm ve la descomposición de la crítica política en el siglo xx, pero también ve la demolición de muchos preceptos que eran la base *asociativa* de la sociedad, entre ellos, y probablemente uno de los más importante, fue la crisis de la estructura de la familia. La atomización de la sociedad había llevado a la desconfiguración de la sociedad a finales del siglo xx. El socialismo había traído a principios del siglo una alternativa para la construcción de un nuevo futuro, y con el derrumbamiento de este régimen a finales del siglo, se había llevado con él las posibilidades de la crítica y por tanto, de la construcción de cualquier tipo de alternativa.

Lo que Hobsbawm ve a finales del siglo xx con la desaparición definitiva de la Unión Soviética, Berlin lo hace desde la instauración del régimen totalitario de Hitler —resultado de las ideologías románticas— a mediados del siglo. La construcción de la libertad había sido minada en el sentido de que había sido erradicada de la dialéctica social e histórica. La tesis marxista de la historia que ambos seguían de la sucesión de un régimen por otro que traería cierto progreso histórico había resultado ser, para ambos, una interpretación que culminaría en la actitud más pesimista en torno al futuro. La dialéctica histórica, donde debía haber dos polos opuestos que garantizaran el discurrir histórico, había sido sustituida por el monopolio del capitalismo imperialista sobre el mundo entero. El conflicto ideológico que le ponía la *duda política* al capitalismo había desaparecido, y con ello, había desaparecido la libertad de oponérsele, y por tanto, la libertad de elección entre un proyecto y otro. Sólo había sobrevivido una idea a la pelea: el capitalismo y todo lo que su nueva faceta significaba para el mundo.

La democracia construida a finales del siglo XIX se había apoyado en la idea de que la clase obrera era la clase “mejor” y “más responsable”, y había basado sus éxitos en la crítica del régimen en el cual vivían. No es extraño, por tanto, ver que la gradual desaparición del proletariado sea síntoma del elemento esencial sobre el cual se basa la democracia, la lucha por el poder por parte de distintas alas ideológicas y la configuración del mundo a partir de la lucha social, política e ideológica que se tiene que dar para la construcción de un régimen que garantice los derechos más básicos. Ninguno de los dos autores son tan absolutos en sus conclusiones como para decir que la libertad ha desaparecido por completo, pero ambos dejan en claro que el régimen capitalista busca el acaparamiento y control de todo lo que en sus manos quepa.

El hecho de que Hobsbawm nos hable de la eterna renovación de la utopía en el régimen capitalista en su búsqueda por el progreso, deja en claro que este régimen sea acaparador en todo sentido. La educación de las masas resultó ser la herramienta ideal de lo que Berlin denomina la “desaparición psicológica de la construcción de alternativas”,¹⁰³ pues les administraba el conocimiento divulgado a toda la población desde la infancia, y a partir de ella, los instrumentos políticos los llevaban hacia la creación del consenso con el régimen que los educaba por medio de la propaganda política que vio su explosión en el régimen nazi, por ejemplo. La centralización que estaba siendo creada por el imperialismo capitalista era el hecho que destrozaría a las disidencias un siglo después.

La polarización del mundo a lo largo del siglo XIX llevaría a la creación de una división del mismo en Primer, Segundo y Tercer Mundo. Ésta crearía las condiciones para que sólo los regímenes del Primero —a pesar de que el Segundo Mundo, los regímenes comunistas, tuvieran la posibilidad de amenazar al Primer Mundo— tuvieran la posibilidad de centralizar el poder en sus manos. La *guerra total* interrumpió este proceso en la medida en que estos regímenes se enfrentaron entre sí para ver quién podía centralizar todo el poder

¹⁰³ Berlin, *Political ideas...*, *op. cit.*, p. 13.

global en sí. Después de todo, la guerra empezó, entre otras muchas cosas, por el hecho de que Alemania estaba amenazando el poder *cuasi* monopolístico de Inglaterra. Pero los resultados de la misma serían catastróficos para el mundo futuro, pues se habían descubierto el poder que tenía la *guerra total* —es decir, la agresión directa sobre la sociedad entera— y la capacidad de control que de ella podría derivar. El asalto a la libertad en el mundo entero a partir de 1914 había tomado una nueva forma al entrar Estados Unidos a la ecuación y por medio de ella, éste garantizaría el poder sobre todo el mundo para enero de 1992, con la disolución de la Unión Soviética un mes antes. Esta centralización, además, se había hecho efectiva en el campo económico —la desaparición gradual de la influencia de la política en el mundo puede muy bien ser otro síntoma para ver la desaparición de la reflexión política. La creación de monopolios —y ya no oligopolios— era cada vez más común el mundo de finales del *corto siglo xx*.

Así, pues, tanto Berlin como Hobsbawm ven la construcción de regímenes que garantizarían la gradual desaparición de la crítica y duda política. Si bien no todas sus tesis giran en torno a ese fenómeno, es fundamental en su pensamiento. El consenso creado a partir de la instauración de un régimen cada vez más poderoso llevaría a la desaparición de uno de los motores más fundamentales de la historia: la dialéctica.

CONCLUSIONES

Isaiah Berlin y Eric Hobsbawm son dos de los historiadores a los que más debemos tener presentes en nuestro trabajo y formación histórica. Sus aportaciones teóricas al campo de la reflexión crítica al capitalismo pueden sentar las bases para la crítica teórica del mismo en el presente y en el futuro de la tarea del historiador y de la sociedad en general. No sólo recalcan la idea de que la historia es una disciplina que está en constante construcción, sino que es una disciplina de la cual se le puede sacar mucho jugo para la interpretación del presente. El conocimiento del pasado constituye para ambos el arma para la crítica de lo que

en su momento sucedía y a lo que había llevado lo que en el pasado se había construido. El análisis de una sociedad no se tiene que dar solamente de forma descriptiva y totalmente objetiva, sino que la disciplina histórica se puede enriquecer de las aportaciones y consideraciones del historiador en torno a lo que éste analiza. Las consideraciones que de ese análisis se desprendan son fundamentales en la medida en que son utilizables para la práctica. Después de todo, Marx les había enseñado a estos dos historiadores la importancia de la aplicación de la crítica al mundo real. Si se analiza al mundo, la crítica que salga de ella debe ser aplicada.

Sus vidas giraban en torno a la expansión del conocimiento histórico para aplicarlo al mundo en el que vivían. Mientras tuvieron la oportunidad, lo hicieron y lucharon por el ideal que más defendían. Si bien pueden ser considerados como opuestos, en muchos sentidos nos enseñan tareas fundamentales del historiador, entre las cuales podemos encontrar la defensa del presente. En tanto historiadores, defendieron la disciplina con sus trabajos que recorren los últimos tres siglos de la historia, logrando contribuciones innegables a la disciplina y a la intelectualidad que debe formar a cada historiador. En tanto intelectuales, por su parte, lograron ejercer la función más importante que éste debe tener: la crítica. Si bien ambos vivieron cómodamente desde dos de los países que probablemente sean los constructores directos de la situación histórica en la que se encontraba el mundo en su época y en el presente, ambos desempeñaron el papel de crítica que el intelectual *orgánico* debe tener. El hecho de que hayan sido reconocidos por todas las esferas —que probablemente eran a las que más criticaban— altas de la sociedad, no significa que su crítica cesara. En todo caso, sobre todo en el caso de Berlin, su condición de *cuasi* burgués le daba cierta afinidad con las esferas altas del poder y la capacidad para asombrarlos, generando su más grande admiración.

Teóricamente, construyeron campos de análisis para la historia que serán fundamentales para la disciplina histórica. El conocimiento que generó Hobsbawm en torno

a los trabajadores de los últimos siglos y sus condiciones sociales e históricas, además de su historia de la *era del capitalismo*, serán fundamentales para la continuación de la expansión de estos campos. La historia de las ideas políticas de Berlin no pueden ser obviadas si se quiere contribuir al campo de esa rama de la disciplina histórica.

Pero, lo que es aún más importante resaltar de estos dos historiadores, es el hecho de que, a pesar de trabajar campos muy distintos, son fácilmente comparables y se complementan muy bien entre sí. La historia de la sociedad puede muy fácilmente verse complementada por la historia de las ideas políticas, sobre todo si el análisis que se hace es de un fenómeno en común: el capitalismo y sus (des)construcciones. El hecho de que ambos autores critiquen los resultados —cada uno desde su ámbito— del capitalismo en el siglo xx no es coincidencia, y no debe tratarse como tal. El capitalismo se construyó sobre una idea y una sociedad que tuvo resultados catastróficos, desarrollados a lo largo de todo un siglo —si bien hubo una época de *boom* en él— del cual ambos vivieron la mayoría. El entendimiento que logran ambos de sus respectivos temas lo logran en gran medida por el entendimiento *continuo* de la historia del capitalismo. Es decir, no sólo entienden la era romántica o la *Era de la Revolución*, sino que ellas forman parte de un proceso en el cual ellos aún viven y ven sus resultados de primera mano. La capacidad crítica de ambos se desprende del hecho del entendimiento del pasado y del presente. La conexión que tienen con la historia se da a tal grado que entienden la historia del presente, así como —aunque no en la misma manera, claramente— la del pasado.

Este entendimiento debe tenerse en cuenta si queremos, como historiadores, seguir la construcción de nuestra disciplina. Después de todo, las conclusiones de Hobsbawm tanto en *Años Interesantes*, como en su *Historia del siglo xx*, son apelaciones a la creación de alternativas al mundo que se está construyendo. Si el mundo quiere progresar y sobrevivir, ya no debe apelar a creencias radicales —aunque en un futuro pueda ser nuevamente posible dicha opción—, sino a proyectos que obedezcan a la característica urgente de la situación

mundial. Berlin y Hobsbawm nos enseñan que la crítica es uno de los motores fundamentales para la creación de cualquier proyecto histórico, y es a partir de ella que se pueden crear nuevas condiciones que puedan favorecer a cantidades más grandes de gente. La centralización y acaparación del capitalismo han llevado a la gradual desaparición de ella, y en tanto siga avanzando, los principios por los cuales se erigió una Revolución hace dos siglos, irán en constante decadencia. Si se quiere cambiar cualquier condición histórica, debe pelearse por ello. La historia nos ha enseñado el *modus operandi* del capitalismo, y queda claro que sus ideales favorecen sólo aquellos a los que los erigen; nuestra labor es criticarlos y construir esa crítica materialmente.

BIBLIOGRAFÍA:

- Anderson, Perry, *Spectrum: De la derecha a la izquierda en el mundo de las ideas*, Madrid, Ediciones Akal, 2008, pp. 297-340.
- Berlin, Isaiah, *Las ideas políticas en la era romántica. Surgimiento e influencia en el pensamiento moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 2014.
- _____, "Political Ideas in the Twentieth Century", *Foreign Affairs*, disponible en <<http://www.foreignaffairs.com/articles/70812/isaiah-berlin/political-ideas-in-the-twentieth-century>>. Consultado por última vez 10/11/2014.
- _____, *Karl Marx: su vida y su entorno*, Madrid, Alianza, 2007.
- _____, *The Sense of Reality. Studies in Ideas and their History*, Nueva York, Farrar Strauss and Giroux, 1996.
- _____, *Pensadores rusos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- _____, *Conceptos y categorías*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- _____, *Against the current: Essays in the history of ideas*, Nueva York, The Viking Press, 1980.
- Dosse, François, *Gilles Deleuze and Félix Guattari: intersecting lives*, Nueva York, Columbia University Press, 2011.
- _____, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2007.
- Hobsbawm, Eric, *Desórdenes mundiales*, disponible en: es.scribd.com/doc/236655275/Eric-Hobsbawm-Desordenes-Mundiales, consultado 10/9/2014.
- _____, *Historia del siglo XX*, Buenos Aires, Crítica, 2010.
- _____, *La era del capital: 1848-1875*, Buenos Aires, Crítica, 2010.
- _____, *Años interesantes: una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2003.
- _____, *The Age of Revolution: 1789-1848*, Nueva York, Vintage Books, 1996.
- _____, *The Age of Empire: 1875-1914*, Nueva York, Vintage Books, 1989.

- _____, *Marxismo e historia social*, México D.F., Editorial Somos, 1983.
- Ignatieff, Michael, *Isaiah Berlin: su vida*, Madrid, Taurus, 1999.
- Illades, Carlos, *La inteligencia rebelde*, México, Océano, 2011.
- Lassalle, José María, *Isaiah Berlin: Una reflexión liberal sobre el "otro"*, disponible en http://www.fundacionfaes.org/file_upload/publication/pdf/20130426112515isaiah-berlin-una-reflexion-liberal-sobre-el-otro.pdf, consultado 1/10/2014.
- Marx, Karl, *Tesis sobre Feuerbach*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1979.
- Marx, Karl y Friedrich Engels, *La Ideología alemana*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1979.
- Saïd, Edward, *Des Intellectuels et du porvenir*, París, Seuil, 1996.
- Sirinelli, Jean-François y Pascal Ory, *Los intelectuales en Francia. Del Caso Dreyfus a nuestros días*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2007.
- Vargas Llosa, Mario, "El hombre que sabía demasiado", en *Estudios Públicos*, núm. 80, primavera, 2000.
- Young, James D., "Eric J. Hobsbawm: 'Communist' Historian. Companion of Honour and Socialism's Ghost", en *From New Interventions*, vol. 10, núm. 3, primavera 2001.